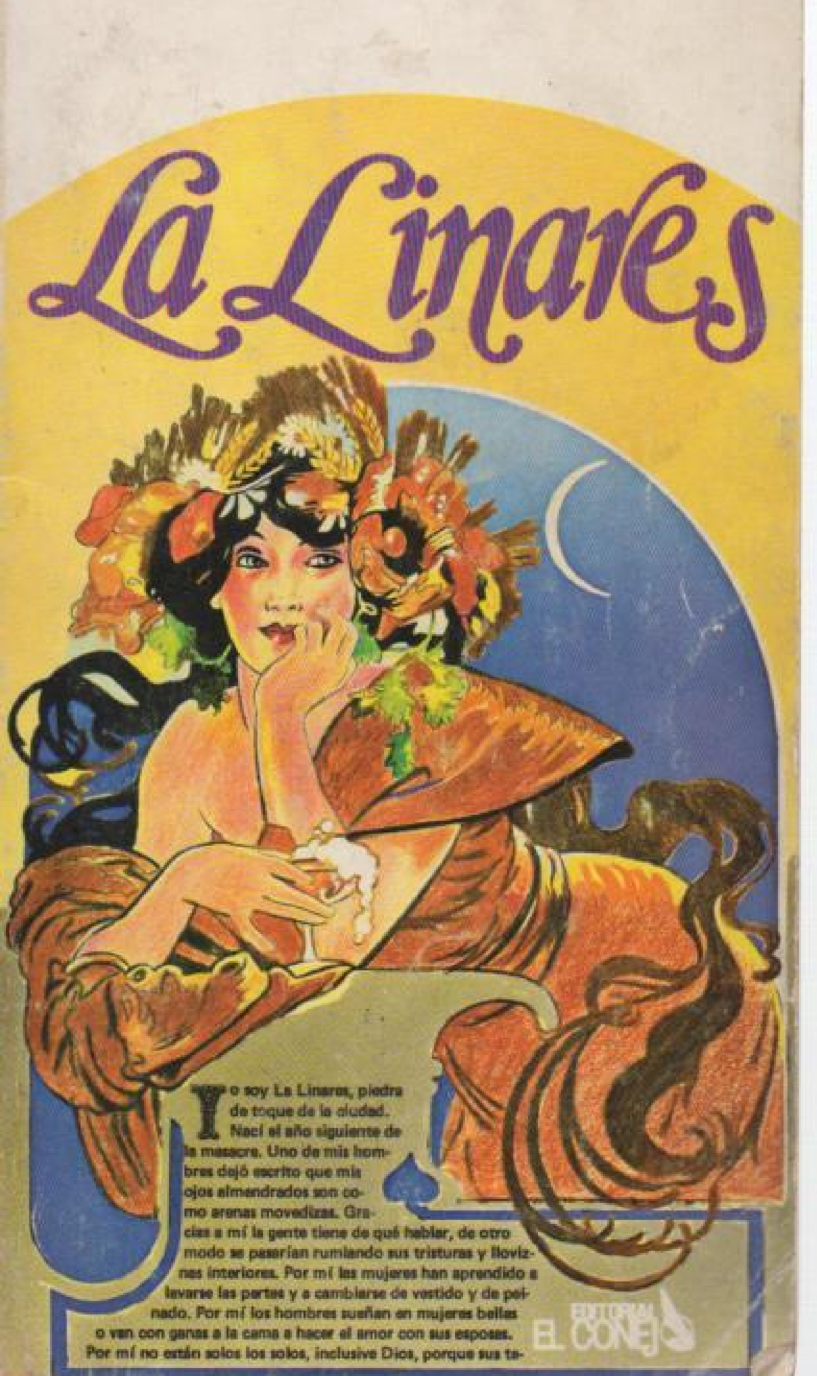
Iván Egüez


La Linares
Yo soy La Linares, piedra
de toque de la ciudad.
Nací el año siguiente de
la masacre. Uno de mis hom-
bres dejó escrito que mis
ojos almendrados son co-
mo arenas movedizas. Gra-
cias a mí la gente tiene de qué hablar, de otro
modo se pasarían rumiando sus tristuras y llovíz-
nas interiores. Por mí las mujeres han aprendido a
lavarse las partes y a cambiarse de vestido y de pei-
nado. Por mí los hombres sueñan en mujeres bellas
o van con ganas a la cama a hacer el amor con sus esposas.
Por mí no están solos los solos, inclusive Dios, porque sus ta-
EDITORIAL
EL CONEJO

LA LINARES

La Linares
Primera edición, Centro de Publicaciones de la Universidad Católica, 1976
Segunda edición, Ediciones Solitierra, 1978
Tercera edición, Editorial El Conejo, 1981
Copyright: Iván Egüez
Cubierta: Manuel Romero
Impresión: Artes Gráficas Señal
Quito, Ecuador, julio de 1981



6 de diciembre 2309, 3er. piso
telf. 543 972 Casilla 4629-A
quito, ecuador.

LA LINARES

por Iván Egüez







PREAMBULO

La Linares ha constituido un trabajo altamente significativo en la producción literaria nacional. Posee el inigualable mérito de transitar por los senderos prolíficos del pasado inmediato de una sociedad que, a partir de los últimos veinte años, empieza a sufrir desbocadas transformaciones propias de un país que puja inútilmente por "despegar". Pero estos últimos veinte años no están en la pluma de Iván Egüez, sino su antesala, como contenido de un personaje-leyenda que es una realidad en los mayores, y que en las actuales generaciones se presenta con la magia embriagadora que sólo se halla en las callejuelas de la vida criolla de nuestro país.

Es más. *La Linares* rebasa la epidermis del chisme social y adhiere, en todas sus líneas, los símbolos de la política cortesana del Ecuador, para caricaturizarlos en una crítica que es insoslayable por su mordacidad.

De esta suerte, para la Editorial El Conejo resulta inevitable poder exteriorizar su entusiasmo por la tercera edición de *La Linares* —primera en este sello editorial— merecedora del Premio Aurelio Espinosa Pólit en el año 1975, porque la vigencia de la literatura de Iván Egüez tiene mucho que ver con el pensamiento del hombre de trabajo que asimila los reveses políticos, convirtiéndolos en mitos imposibles de digerir por las clases sociales que manejan la política y la plata de la sociedad, así como su memoria.

LAS MALAS LENGUAS *
por MANUEL CORRALES PASCUAL

Mi propósito y mejor intención, al presentarles el relato de Iván Egüez titulado *La Linares*, es dejarles con la obra en las manos y un par de ideas que les orienten al mayor disfrute de esta encantadora historia. Consiguientemente, no me voy a entretener en el análisis de los pormenores estilísticos ni en el examen de los artilugios técnicos puestos en juego por el autor. El que hace profesión de poeta es un visionario. El que intenta oficio de crítico es un meditador de esa visionariedad, un escrutador de los rincones expresivos donde se halla diseminado y agazapado el sentido que el escritor percibió y se vio for-

* Alocución en el lanzamiento de la primera edición el 2 de abril de 1976. El título es de esta editorial (N. de la E.)

zado a manifestar con la palabra. Yo quisiera que la figura de crítico de la que ahora voy a revestirme fuese la del que intenta ver un poema, un relato, a la luz de la historia literaria y a la luz del marco situacional en el que ese poema se produce.

Porque *La Linares* no ha surgido por generación espontánea. Tiene a sus espaldas toda una historia del quehacer poético en lengua hispana, y más inmediatamente unas circunstancias socioculturales que no podemos pasar por alto si ambicionamos la posesión de todo su sentido. Puesto a esquematizar los instrumentos del análisis introductorio, me atrevo a utilizar, creo que por vez primera, un concepto nuevo en teoría literaria: el concepto de *neocostumbrismo*.

El neocostumbrismo es un modo nuevo de utilizar los recursos expresivos del lenguaje en la literatura ecuatoriana, y aparece como superación del realismo social en *El Chulla Romero y Flores* (1958), de Jorge Icaza, encadena elementos del barroco y del realismo rancio de la mejor prosa hispanohablante en *Bruna, soroche y los tíos* (1973), de Alicia Yánez, y finalmente produce esta entrañable pieza narrativa a la que estamos accediendo: *La Linares* de Iván Egüez.

Distraeré la atención de ustedes con un par de apuntes históricos y una breve incursión sistemática en la fisonomía del relato de Iván Egüez, para intentar el esclarecimiento de la posición estética subyacente.

Sospecho que no a todos convencerá el que yo haya sacado de la corriente del realismo social a *El Chulla Romero y Flores;* pero no voy a entretenerme ahora en discutir el problema. Para mi hipótesis de trabajo es un dato fundamental considerar esa obra de Jorge Icaza como la antesala de un movimiento de las letras ecuato-

rianas iniciado en la década del sesenta, cuyos frutos comenzamos a saborear ahora.

Mientras los grandes narradores sobrevivientes de la generación del treinta continuaban, y continúan, trabajando y buscando nuevos modos de expresión, la turba de epígonos incoloros se empeñaba, y se empeña, en seguir escribiendo "al modo de" y creyendo que ensartar una serie de manifiestos pretendidamente revolucionarios y denunciantes era hacer literatura. Lamentablemente, aún sigue habiendo entre nosotros quien gasta sus energías en esa faena, sin tener en cuenta que el lector ya se ha cansado y que la campana ya no suena: simplemente hace desagradable ruido.

Pero me he desviado un poco del asunto principal: en la década del sesenta, el mundillo literario ecuatoriano se ve convulsionado por la aparición de unos jóvenes inquietos, muchos de ellos poetas en agraz, que intentan dar un golpe de timón a nuestra balandra literaria. Jóvenes entonces —ojalá lo sigan siendo ahora— no hay obstáculo que los detenga: son iconoclastas, destructores, quiebran y reducen cabezas. Precisamente uno de aquellos grupos tomó como insignia de combate el apelativo de "Los Tzántzicos".

Después de los primeros arrebatos no sobrevino el cansancio, sino la meditación y el escondido trabajo de taller y de autocrítica sin contemplaciones. Ahí, en el reposo inquieto de un taller con las ventanas bien abiertas a la realidad, se fragua el fenómeno estético al que he llamado *neocostumbrismo*. Sé que el vocablo es poco feliz, porque la palabra madre está para muchos empobrecida con la connotación equivocada de género menor. Pero lo mantendré de todas maneras y trataré de explicitar las características

que a mi juicio lo definen como una nueva manera de hacer literatura. Sugerí antes dos fundamentales constitutivos: el rancio costumbrismo realista de la literatura hispanohablante y el espíritu y la visión del mundo del hombre barroco. Veamos cada uno de estos dos ingredientes y la fisonomía del hecho literario que producen.

Hubo ya en la historia de las letras hispánicas dos costumbrismos: el primero tradicional, lleno de solera, parece estar presente desde el Siglo de Oro. Es el de Miguel de Cervantes en *El retablo de las maravillas y La guarda cuidadosa*, o en las novelas ejemplares *El casamiento engañoso*, *El celoso extremeño* y sobre todo en *El coloquio de los perros* y en *Rinconete y Cortadillo*. Es también el de los "pasos" de Lope de Rueda: *Las aceitunas*, *La tierra de Jauja* y *El Convidado*. Y, para añadir un ejemplo más, es el costumbrismo de los "cuadros" de Juan de Zabaleta, mediado ya el siglo XVII.

El segundo costumbrismo habido en la historia literaria hispanohablante aparece en la primera mitad del siglo XIX, y en su génesis nada tiene de hispano, procede de Francia, y se debe en buena parte a la circunstancia histórico—cultural de la misma España en esa turbulenta y nada brillante época de su historia. En este segundo costumbrismo quiero subrayar sólo dos rasgos: En primer lugar, es a juicio de los historiadores de la literatura el antecedente inmediato y causal de la novela realista. En segundo lugar, es el que más se ha manifestado en la literatura de los países latinoamericanos en el último cuarto del siglo XIX y en el primero del XX. La literatura ecuatoriana es ejemplar demostración de los dos rasgos apuntados: José Modesto Espinosa (1833—1916) y José Antonio Campos (1868—1939), para citar sólo dos nombres indiscutibles,

son los predecesores de Pablo Palacio, José de la Cuadra, Joaquín Gallegos Lara, Jorge Icaza, Alfredo Pareja y todos los otros narradores bien conocidos de ustedes.

Ahora bien ¿Cómo se define este segundo costumbrismo? Acudo a la autoridad de dos estudiosos que lo conocen bien: José Fernández Montesinos y Juan Ignacio Ferreras. El primero afirma: "El costumbrista examina una realidad que escapa al historiador; la esencia misma de la vida nacional pasa a sus páginas."[1] Quizás este rasgo explica el auge que ha tenido en las literaturas hispanoamericanas. Incluso explica el que se haya instalado como base de la misma visión de los historiadores literarios. También el Ecuador es en esto una excelente ilustración. Dice, por ejemplo, Augusto Arias en la Introducción a su *Panorama de la literatura ecuatoriana:*

> Para poder hablar de una literatura nacional, es preciso que los asuntos sean propios, autóctonos, reales; que se refieran a su historia, a sus costumbres, a sus hombres; a su fisonomía física y espiritual; a sus tradiciones o a sus leyendas; a su carácter, a su geografía; a sus aspiraciones o a sus desencantos; a sus experiencias o a la contemplación de su porvenir.[2]

La simple lectura de este párrafo de Arias nos muestra un conjunto de perspectivas costumbristas que no me detengo a desmenuzar. Por su parte, Juan Ignacio Ferreras, lo define así:

Llamo costumbrismo a la materialización

[1] José F. Montesinos, *Costumbrismo y novela. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española* (Madrid: Editorial Castalia, 1972, 3ª. ed.), p. 47.

[2] Augusto Arias, *Panorama de la literatura ecuatoriana* (Quito: Ediciones del diario *Ultimas Noticias*, 1946), p. 6.

de relaciones sin historia, a la materialización de relaciones en su inmovilidad; llamo obras costumbristas a las obras preferentemente descriptivas, sin problemática, o cuya problemática es puramente literaria (estética, moral, satírica, etc.). Son obras costumbristas aquellas en las que el protagonista no sufre ninguna transformación a lo largo de la supuesta "historia" narrada; de aquí que el héroe se convierta en *tipo*, de aquí que el universo se transforme en *cuadro*. [3]

La Linares está más cerca de Cervantes y de Lope de Rueda que del costumbrismo recién definido, por las razones que enseguida voy a dar. Esto no quiere decir que no existan *cuadros* en el relato de Iván Egüez. Por ejemplo, aquel que nos retrata el atardecer en casa de una típica familia quiteña:

> La madre ya estaba quitada el fajuelo, el padre en tirantes, brilloso sin sombrero, las tías deshilachando sobre la falda un arcoiris de lana y la jorga de primos y primas sentada en los lugares más inverosímiles: el galápago recuerdo del abuelo, la lámpara de Bohemia que desde hace quince o veinte años permanecía ahí en el rincón sin colgarse ni romperse, el andador que un señor le mandó a regalar a la otra tía para un niño que nadie sabe por qué se decidió a no nacer, la canasta de ropa recién lavada, el arcón con el arcabuz y la tercerola del abuelo en el doble fondo, el altar triescalo donde cada navidad se armaba entre todos el Nacimiento, y el zapallo seco que tía Andela tenía

[3] Juan Ignacio Ferreras, *Los orígenes de la novela decimonónica (1800—1830)* (Madrid : Taurus Ediciones, 1973), p. 133.

> parado sobre la cómoda cumpliendo para su espíritu prevenido las funciones de sismografo.[4]

Todo aquí parece un cuadro típico del costumbrismo decimonónico; pero no nos dejemos engañar. El estatismo característico de los cuadros de costumbres lo hemos percibido porque yo, al citarlo, he hecho una pequeña trampa: he omitido un par de frases al comienzo y varias otras al final. Las del comienzo dicen:

> Espantapájaro el olvido no ha logrado espantar lo que pasó esa noche de febrero a la hora en que la familia estaba concentrada...[5]

¿Qué es lo que pasó esa noche? Es la pregunta del lector. Y el narrador, hábilmente, enmarca el acontecimiento estremecedor de un incendio con el preámbulo de una tranquila escenita de familia. El estatismo propio del cuadro de costumbres es por su misma estructura lo más opuesto al dinamismo propio del relato. En *La Linares*, el autor los ha integrado sagazmente, y la costumbre, la fisonomía familiar, los usos tradicionales, en una palabra la realidad, se ha hecho materia narrable.

El cuadrito que he citado para ilustrar este fenómeno termina así:

> Todos tenían a sus pies la taza con azúcar esperando el frío de las nueve de la noche para ver chorrear de la cantina desportillada el agua de cedrón. Era la hora ansiada cada semana para escuchar los pasillos del alma en la voz de la alondra nacional. Al

[4] Iván Egüez, *La Linares* (Quito: Centro de Publicaciones de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador), p. 20. (En adelante citaré de acuerdo con esta referencia).

[5] *La Linares*, p. 19.

tercer pasillo, cuando los ojos ya eran de borrego y se perdían en el fondo de las tazas estampadas, se interrumpió el encanto en media estrofa. Un minuto de marcha militar y la voz del locutor anunciando: "Un objeto extraño ha aterrizado a orillas de la ciudad". [6]

El cuadro de costumbres ya no es válido por sí mismo, está introducido en la dinámica del acontecer narrativo. Está en función de la actitud narrativa. Si alguna duda nos quedaba, el trozo que acabo de citar la disipa del todo. Ya el lector no tiene más remedio que dejar su tranquila contemplación del cuadro, como aquella familia sus tazas de agua aromática, y acudir a ver qué es lo que sucede: en otras palabras, se ve arrastrado a proseguir la secuencia narrativa.

Dije que esto aleja a Iván Egüez del costumbrismo decimonónico. Las raíces de su modo de ver el mundo y de contarlo hay que buscarlas más lejos. A mi entender, esas raíces están en que el narrador no ha traicionado su propia identidad, no ha impostado extrañas maneras de ver las cosas: su empeño es verlas con sus propios ojos, de contarlas con su propia pluma. Y esa pluma y esos ojos son los de un heredero del barroco. He aquí la segunda clave de la visión estética que trato de mostrar. Intentaré hacerlo en escorzo para no agotar la paciencia de mi amable auditorio.

El talante del hombre hispánico, mestizo o no, es radicalmente barroco. Aunque nos duela —y no tiene por qué dolernos— el siglo XVII ha impreso en todos nosotros este estigma. Pero ¿Qué es el barroco? Ante todo, una violenta reacción contra el espíritu del Renacimiento:

[6] Id., pp. 20—21.

al optimismo y al frenesí con que el hombre renacentista ve y vive la vida, sucede el desengaño y la desilusión, la angustia del espacio vacío y el considerar esta vida, en frase de Santa Teresa, como "una mala noche en una mala posada", o como un "sueño", en imagen de Calderón. Y no olvidemos que tanto la madre Teresa como el gran dramaturgo son fundamentalmente barrocos. Al humanismo antropocéntrico del Renacimiento sucede este otro humanismo crítico donde el hombre y el mundo quedan reducidos a sus dimensiones de contingencia y provisoriedad.

La historia de *La Linares* se desarrolla en un escenario barroco: es el Quito que va desde la Magdalena hasta la Plaza Grande y desde allí hasta el Ejido. Curiosa coincidencia: también *El Chulla Romero y Flores* y *Bruna, soroche y los tíos* tienen ese mismo escenario.

He dicho hace un momento que la angustia del espacio vacío es una característica del barroco. Si algo está vacío hay que llenarlo; pero la llenazón primera de la realidad es, como elemento ofrecido al poeta, la miseria y la podredumbre: hay que evacuar todo eso que es la cotidiana manifestación de la vida y sustituirlo por todo lo que pueda simbolizar trascendencia, llenar el vacío con los símbolos de aquello que añora el hombre desengañado. Grandes, inmensos espacios; pero espacios llenos. Para demostrar esto basta con abrir uno de los grandes portalones de la Iglesia de la Compañía y mirar lo que hay allí dentro. O abrir la puerta de la casa de María Linares. Abrámosla:

> Por el portón añil se accede a una escalinata de anchas lajas con macetas y coliflores de yeso a los costados. La escalinata tiene tres descansos y atraviesa la gradiente huerta,

> uniendo el portón con la casa propiamente dicha, la que consta de dos sobresalientes alas, con ventanas abajo y balcones arriba, unidas por un cuerpo central —enjuto de pecho y opacado de luz— donde remuerde los goznes la puerta de casa bajo el alero de escampar. Las ventanas están enrejadas con pechera de azagayas herrumbrosas, el alero descansa sobre consolas de piedra húmeda y los balcones son de consultado remanso a fin de que las mujeres puedan apoyar el codo en él al tiempo que la barbilla en la palma de la mano mientras pasa la mañana y mientras pasa la tarde, mientras pasa la llovizna y pasa el verano y pasan los años. [7]

Grandes espacios, pero espacios llenos. Como llena está la huerta que hay dentro de la casa. El narrador la describe así:

> En la huerta se cultivaban las más variadas hierbas y plantas medicinales, muchas que fueron obsequiadas desde lejanas tierras, prendiendo con fortuna hasta las más difíciles y celosas gracias a la mano prodigiosa de La Linares. Plantadas al tresbolillo, ahí se daban la legendaria mandrágora, el sagrado muérdago, el hechizador chamico, el narcotizante y nauseabundo beleño, la doradilla para hacer orinar, el depurativo marrubio, el ruibarbo para purgar, la borraja para sudar, la nuez vómica, el asa fétida, la antiespasmódica ipecacuana, el carminativo eneldo para el flato, el perfumado heliotropo, el venenoso rejalgar, el vedegambre para curar estornudos y la árnica para hacer estornudar, la menta que impotenciaba y la guayusa que encendía y fertilizaba, el toronjil y la valeriana para los nervios, el ca-

[7] *La Linares*, p. 88 y s.

ballo chupa para las escaldaduras..............

....

... Y como un claustro de olor, el ensimismado floripondio con sus blancas campánulas colgando evasivas más allá de las dolencias, emborrachando él a las ovinas moscas que le zumbaban en sumarísima derrota.[8]

No he citado sino un par de ejemplos, entre los muchos excelentemente construidos que podría espigar, para mostrar esta clave barroca de la cosmovisión y del estilo de Iván Egüez. Tampoco voy a describir en detalle otros muchos ingredientes de esa complejísima forma de ser y de ver la realidad. Sólo un detalle más, también este en esquema, que no debe escaparsenos como posible acceso al sentido de *La Linares.*

En términos muy generales puede decirse que la preocupación del hombre de fines del medioevo y de todo el Renacimiento, en lo que al arte se refiere, radica en que el arte tiene como objeto lo grandioso, lo que pertenece al ámbito espiritual. La naturaleza, lo inmediatamente perceptible por el hombre y, desde luego, por el artista, no tiene en sí misma y tal cual aparece, condiciones para ser objeto del arte. Para que reúna las condiciones adecuadas tiene el poeta que idealizarla. De ahí surge, por ejemplo, la novela pastoril.

Pero la naturaleza está ahí, lo cotidiano asedia una y otra vez al poeta: el renacentista lo elude, el barroco (quiero decir, Cervantes en el relato y Velázquez en la pintura), aceptan el reto de hacer arte con la realidad cotidiana. Y también el autor anónimo de *El Lazarillo.* Los renacentistas habían dejado estas cosas para el género menor nacido precisamente en el cora-

8 Id., ibid.

zón del siglo XVI.* Pues bien, ya no es el noble, cristiano viejo, apellido limpio, hidalgo de pura cepa, el único con derecho a ser héroe, ni tampoco la pastora que después resulta ser princesa. Héroes van a ser Lázaro de Tormes, Guzmán de Alfarache y... *La Linares.* El rancio tema del origen oscuro está presente en la picaresca, y también en las tres obras ecuatorianas que he situado como base de mis consideraciones. En *La Linares* desde luego. Veámoslo brevemente con un par de citas:

> Nadie sabe con exactitud el verdadero origen de La Linares. Por esos imponderables de la vida, cuando Maruja Linar dio a luz el fruto de sus amores con Don Ernesto, la criatura que nació no tuvo el materno color de té ni el ambarino sonrosado del chapetudo padre. Tuvo el color de la alta noche, un ébano plomizo, un azabache polvoso igual a la piel del negro Jorge, guardaespaldas de Don Ernesto...
> Dicen que la partera fue hasta entonces una especie de hada madrina para Maruja Linar. Creyó que el nacimiento de ese niño de color iba a causar la tragedia de Maruja y a impedir que Don Ernesto se case con ésta y la convierta en sucesora de su herencia. La comadrona se arregló, nadie sabe cómo, para suplantar al niño negro con esa portentosa criatura. De la verdad sobre esto, nunca nadie supo nada, ni Don Ernesto, ni Maruja, ni el negro Jorge a quien la lógica de la partera le atribuía la paternidad del vástago y peor aún María La Linares. La partera perdió el habla y el oído cuando se dio cuenta que la criatura cambiada más que niño o niña, era como un ángel. [9]

* la picaresca.

[9] *La Linares*, pp. 63, 64 y 65.

El origen del personaje es, pues, el mismo del pícaro: problemático y nada claro. Lo interesante es que aquí, en *La Linares*, la contextura total del relato trasciende a la picaresca. El gran esfuerzo del narrador ha sido tratar de mostrarnos que ni el origen, ni la sangre, ni el apellido afean ni disminuyen la grandeza de La Linares, sino las malas lenguas.

Este es mi segundo acercamiento a la obra de Iván Egüez, y estos los resultados. Para que los lectores disfruten de la lectura, y para que Iván Egüez me siga favoreciendo con su limpia y sincera amistad, lo mejor que puedo hacer es pedirles que olviden todo lo que he dicho.

LA LINARES: EN LA MEJOR TRADICION DE LA NOVELA ECUATORIANA *

por IVERNA CODINA

"Las personas con leyenda son esa leyenda". Con este acápite de Marcel Haedrich el joven novelista ecuatoriano Iván Egüez anticipa el carácter de la protagonista propuesta en el título de la obra. La Linares existió. Fue una mujer hermosa que alcanzó altos sitiales por el camino de su hermosura. Por igual camino provocó las habladurías de las malas lenguas, se atrajo el odio de mujeres envidiosas y de caballeros despechados, y se tejió la leyenda de esa extraña maldición que había de darle fortuna y negarle la dicha.

* Revista "Casa de las Américas" No. 102, La Habana - Cuba.

A través de un personaje tan rico, emergido de las clases bajas y de dudosa paternidad, el autor indaga todo un período de la vida de su país, el que va desde la década del veinte a la del cuarenta, en sus diferentes estratos sociales. Es este uno de los méritos notables de la novela, al que, en justicia, hay que añadir una lograda síntesis en la recreación de atmósferas en sólo ciento cuarenticuatro páginas que abarca la narración.

La novela nutre sus raíces profundas en dos acontecimientos históricos que junto con la revolución liberal dirigida por Eloy Alfaro han marcado tanto la vida política de Ecuador como el nacimiento y desarrollo de su novelística, que nacía con "media hora de retraso", según Benjamín Carrión. Nos referimos a la gran huelga obrera de Guayaquil de noviembre de 1922, sofocada con una sangrienta matanza, y a la Revolución Juliana de 1925, llamada también "de los jóvenes ideólogos", que aunque frustrada por las fuerzas unidas de los terratenientes y de la oligarquía, señaló una nueva conciencia en marcha y trazó profundas y saludables huellas de la novelística del país. Y Egüez no ha escapado al influjo de esos acontecimientos que marcaron a sus mayores, los del grupo de Guayaquil, padres de la novela ecuatoriana, de quienes el joven novelista recoge dignamente la herencia.

La historia de lo real, y "lo real maravilloso" funcionan en la narración como elementos contrastantes, pero no constituyen una dualidad, sino una unidad —la unidad que logra la imaginación creadora cuando proyecta dialécticamente, su luz sobre lo real—.

En este costado de "lo realmaravilloso" afinca el autor la parte de leyenda que envuelve

a la protagonista: "Al nacer María Linares, no solamente causó la oscuridad de la partera. Los quindes y güirachuros enfermaron hasta quedar desplumados, las aguas de las bateas se derramaron y el floripondio del patio empezó a oler a chivo". Cuando el padre y padrino, el viejo don Ernesto, muere misteriosamente de alferecía, una semana después del nacimiento, la madre joven viaja a la Costa, tierra de brujos y bebedizos, para que don Alsino le leyera el ombligo de la recién nacida María Linares. Después de media hora de jaculatorias el brujo negro y viejo, "chorreado como manga de fotógrafo", habló:

> Dos hombres sabrán su secreto. El primero será como padre para ella y el segundo será como su hijo. Ambos se enterarán sin la voluntad de ella. Fuera de ellos, todo aquel que se acerque tendrá muerte trágica o sufrirá padecimientos. La vida es un camino que hay que andarlo, no importa que sea por los aires.

Personajes y acontecimientos se desenvuelven en capítulos breves, sin relación de continuidad, al punto que parecieran en algún momento dispersar el centro narrativo. Pero a poco que se avance en la lectura se comprueba que el subterfugio ha servido para enriquecer indirectamente el entorno de la protagonista. Por ejemplo, esa insólita adaptación criolla del libreto de Wells cuya transmisión desata el pánico ante la inminente invasión marciana. Es el fin del mundo. La ciudad pierde sus dimensiones, no cabe más gente en la calle. Hay que salvarse por el único medio posible: la confesión. Y como en las iglesias no cabe un alfiler, el espanto vomita a gritos las confesiones en las calles. Por donde se vienen a saber las intimidades escandalosas de

tanta señora de su casa, de militares pundonorosos y de políticos patriotas. Y no faltó quien acusara a La Linares de tal castigo, por su desvergüenza y escándalo. Y la multitud acudió a su calle con la esperanza de oírla confesar sus pecados a voz en cuello, desde el balcón de su casa.

Pero con este comentario en boca de la difamada, la verdad vuelve por sus rumbos: "Lo malo es que cuando mañana vean que el mundo sigue rodando, volverán con más fuerzas a hablar de mí".

Es también en este plano de lo verdadero que el autor delega el relato a La Linares en una especie de autodefensa o autobiografía, en primera persona, llena de interés, pero un tanto ambigua como para que sigan flotando los hechos portentosos de una mujer singular, sin duda inteligente, que le tocó vivir o sobrevivir en una época en que "la ciudad era un pueblo chico y por lo tanto un infierno grande" y el barrio dependió de las campanas que "lo recogieron a las seis, lo acostaron a las siete, lo durmieron a las ocho, lo desvelaron a las doce, lo levantaron para el Rosario de la Aurora, le anunciaron el Viático, el Angelus, el Catecismo y la Distribución".

Campea en todo el relato una ironía sutil que se vuelve caricatura, o sarcasmo cuando describe a personajes claves de la época, el Cuete, cuñado advenedizo del Presidente, el Gran Difamador símbolo de la prensa corrupta, el Prestamista de sucios manejos y en particular cuando centra su mirada en el Presidente, el *Presi*. Le basta una cuartilla para desenmascarar a este tipo —por desgracia frecuente— de gobernante latinoamericano, entreguista, encubierto en un falso paternalismo y esquilmador del país

en beneficio de sus propias arcas: "Tenía la soltura y la desfachatez del patrón gringo y la sal y la chabacanería del mayordomo pícaro. Era una mezcla de chicle y tripa mishqui, de chicha y de cocacola". Pero el *Presi* era un hombre práctico, firmó el tratado militar —"de Pestilencia Recíproca"—, con las águilas del norte y aceptó el informe de la Shell, según el cual en esas selvas no había vestigios de petróleo, pero la empresa seguiría ocupando la zona "con fines evangélicos y antropológicos". Y aquí el autor lanza el sarcasmo como pedradas certeras:

> y vinieron los Institutos Lingüísticos, las Fundaciones, los Programas, los Hijos de Jehová, los Hijos de El Salvador, los Hijos del Señor, los Hijos de Cristo Rey, los Hijos de Dios General de los Ejércitos, los Hijos de las Siete Plazas, los Hijos de las Siete Leches, los Hijos de la Gran Flauta y los Hijos de la Gran Puta.

En lo que respecta a los elementos que organizan y definen la estructura formal de la novela hay que señalar que a Iván no le atraen las extravagancias técnicas ni las pirotecnias verbales. El narrador utiliza la tercera persona salvo en la carta —recurso que sirve para perfilar la vida de la madre de La Linares— y en el capítulo autobiográfico antes mencionado.

Si bien no hay una lectura lineal del tiempo, sino un manejo discreto de planos temporales, el interés básico de los recursos narrativos los cifra el autor en el uso del lenguaje. Más precisamente, en la enumeración reiterada y manejada como eficaz procedimiento para crear atmósferas. Pero tal eficacia exige una gran riqueza de vocabulario que el novelista puede exhibir con desenvoltura. Veamos esta suntuosa enume-

ración de telas que un enamorado podía adquirir para solaz de la bella:

> encaje de bolillo de Brujas, el gro de Tours, la muselina más almocárabe, el bocací más entrefino, el paño y el alepín más abatanado y enfurtido, la randa con orifrés, el esterlín sin orillo, la greca en azimut, las guirnaldas palominas, los entredoses volanderos, los aterciopelados festones y las besantes perlas.

Enumeraciones referidas tanto a telas —la ya señalada— como a objetos familiares, a yerbas medicinales, a espantos y ruidos como el del

> estregón sotanero del Cura sin Cabeza, arrastrados ruidos de rezos, rozar de razos, erizar de risos, riscar de rosarios, raspar de rastras. Ruidos de pasos seculares, pesados como el del Cargador de Muertos o livianos como los de la Beata Benavides o el secular indio Cantuña.

Hay, también, una notable inventiva en la enumeración y uso del verbo capaz de dramatizar e ironizar con gran economía de palabras, por ejemplo, los efectos del terremoto de las Flores que

> desquició las puertas, partió los dinteles, desdentó alemnas, alocó campánulas, quebró marquesinas, malparó columnas, columpió las lámparas, penduló el atrapamoscas, amoscó al valiente, espantó a las mujeres, ovaló las ruedas, enterró las reumas, llenó de arrodillados las plazas... apagó la luz, secó el agua, esparció el calofrío y la fiebre por las bancas de los parques, destaló tulipanes, las dalias, el tilo y los alhelíes, despetaló margaritas para ver

si el país se acababa por obra de los terremotos o de los malos gobiernos.

En resumen, esta novela conjuga sin grandilocuencias, pero con humor y eficacia estética, nuestra contrastante realidad latinoamericana con sus políticos corruptos, la explotación de las trasnacionales y el mundo mágico de seres hechos leyenda como La Linares. Y todo, dentro de la mejor tradición de la novela ecuatoriana.

Las personas con leyenda
son esa leyenda.
Marcel Haedrich

Usted pasará a inmortal al menos entre los cuatro gatos que hemos terminado merodeando y memorando su vida, María Linares, fácil platito de leche a vista y paciencia de las malas lenguas, menos fácil cuando se ha tratado ya no de bisbisear acerca de usted sino de poner la vida para llegar a ser parte de la suya aunque se sepa que uno va a salir mojado las narices.

En los comentarios a través de los años la gente le ha puesto un sombrero de mujer fatal (de esos con velo y mosquitos hasta la mitad de la cara seguramente), le han puesto media nylon con línea obscura atrás y han hecho de esa línea zigzagueante, lúgubre y trepadora la imagen más lograda de su vida. Sin embargo, las parejas por ejemplo, antes de besarse hablan de La Linares, buscan el ciprés matorraloso y espeso para referir hazañas suyas como quien sa-

ca un amuleto de la boca. Las tías buscan el costurero para hablar de usted y la nombran a mitades, utilizan cierto códice, fórmulas y sobreentendidos que de tanto esconderla más bien la familiarizan. Dicen de la maldición al tal, del suicidio de un coronel en el baño de su casa, de la muerte de su padre por alferecía, del pagador que aún está preso en el Penal por desfalco, de la partera que ayudó a alumbrarla y a los cuarenta días de haber permanecido sentada al pie de la cama de su madre salió a gritar a la ventana y quedó ciega y con la lengua empanizada para siempre, dicen de los que quedaron en desgracia por haberse atravesado usted en la paz de sus hogares, dicen de los fondos de reconstrucción del Terremoto de las Flores que fueron a parar a sus manos y a sus lujos, en fin, de los bebedizos y abluciones que usted hacía con sus hombres.

He pensado que murmurar de usted era también una forma de poseerla, de querer ser usted, aunque a veces los ríos subterráneos de las habladurías son imprevisibles y se desaguan por donde uno menos lo piensa. Una tarde sorprendí a tía Andela sentada en la piedra de lavar, rodeada de cinco o seis inquilinas boquiabiertas relatando con pelos y señales, en cabeza suya, una historia que bajo discreción familiar sabemos que ella la protagonizó y no usted. La tal historia termina con el duelo entre un militar y un relojero, con la muerte del relojero y su entierro con largas dianas en el campus del cuartel, porque la Andela y el milico se idearon para consagrarle héroe de los servicios de inteligencia del ejército y evidenciaron a los deudos que él había sido pieza importante entre los cuadros de contraespionaje. Unos cuantos mocos, la bandera nacional encima y el asunto de celos

concluido.

Antes de conocerla a usted, conocí la casa donde nació. Es increíble la disposición de museo que hasta hoy tiene, la fachada pintarrajeada de azules y la comunicación entre los cuartos como si tratárase de un galpón enorme dividido por biombos, aparentados arcos de medio punto y estucadas archivoltas, encadenados por inoficiosos arbotantes útiles tan sólo para el requilorio y la gula. En el zaguán de esa casa conocí al sastre que desde hace treinta o cuarenta años antes de que usted naciera toma sol ahí en esa silla vienesa con asiento de esterilla. Es el sastre que una mañana, movido por las conversaciones entre mujeres de la casa y otras vecinas del lugar, decidió levantarla en vilo a usted niña de tres o cuatro años metida de la cintura para abajo en un cajón de papeles brillantes, estampas de santos, naipes partidos y postales amarillentas.

Tenía las manos cálidas y suaves como paño recién azotado en batán, decía el sastre recordando cómo era usted de niña. Tenía los ojos achinados de tanto llorar, le gustaba comerse los geranios: unas mujeres decían esa niña tiene estómago de piedra, pero otras que no, que esa niña es como ángel, que eso es lo que es, como un tambor nuevo sin una arruga ni nada, como oveja recién parida. Cuando decían es como ángel se santiguaban, no sé por qué. Por esa curiosidad la levanté con cajón y todo, como debían haber hecho los escuderos o las damas del cuidado con las hijas del conde bajo el pretexto de ver si estaba seco el pompadour. Sentí que un destello blanco, blanquísimo, me paralizaba y me enceguecía de tanta luz. Era como un lamparazo enorme y caí sin conocimiento. Desde entonces yo no envejezco un solo

día, se ha mejorado mi vista y ya nunca me quedo dormido sobre los dobladillos o sobre las hombreras de algodón que preparo para ella. Si templó las arrugas de mi cara y volvió a poblar esta barba que ya estaba cana y rala, por algo habrá sido.

En las calles, en los cines, en los salones y en las plazas, todos al verla decían que sus vestidos eran confeccionados en París, otros aseguraban que el modisto que cosía para usted era un ruso blanco que después de hacer ahorcar a todos sus sirvientes logró escapar con la ayuda de Dios hasta América en un baúl lleno de joyas e iconos medioevales, que el ruso zarista se enamoró tanto de usted que le prometió gastar todo el dinero en las más suaves sedas y en los más finos tafetanes para diseñarle él mismo sus vestidos, que él traía para usted el encaje de bolillo de Brujas, el gro de Tours, la muselina más almocárabe, el bocací más entrefino, el paño y el alepín más abatanados y enfurtidos, la randa con orifrés, el esterlín sin orillo, la greca en azimut, las guirnaldas palominas, los entredoses volanderos, los aterciopelados festones y los besantes con perlas. Publicistas de las Monjas a Perpetuidad sostenían que los vestidos eran trazados, cortados, cosidos y bordados en el Convento de la Inmaculada Concepción, que usted prestaba su cuerpo para los ajustes perfectos, le otorgaban el derecho a estrenarlos y enviaban luego a las vitrinas de París, Roma o Londres. Nadie sabía de la existencia de ese sastre matusalén extrañamente vinculado a usted desde niña. Los comerciantes comenzaron a aludir su nombre en los rótulos de sus negocios, en la etiqueta de sus productos o en la reata de sus telas: primero apareció el Bazar 'María Li', el terciopelo 'Linares', el guipiur 'de la Linares',

el tricófero 'Linar', el jabón 'M L', el supertónico 'superlinar' y el chiribitil 'Marialina' del que se decía que usted era la propietaria, la que preparaba los licores, la que bailaba con antifaz, la que tenía una cama redonda y echaba en las sábanas pistilo molido de cartucho para que los clientes se fueron contentos con rascabonito y nomeolvides, la que lavaba a sus hombres con aguas de lo llovido, la que amarraba los retratos y los punzaba con alfileres de cabeza negra.

A veces tuve miedo de conocerla. Curiosidad y miedo, no sé por qué. Yo había oído hablar de su porte altivo, de su manera de caminar, de echarse el pelo atrás como se echan atrás el canto las sopranos. Había escuchado de labios de mis propios padres la historia del ahorcado de El Ejido, en cuya mano crispada se encontró una foto suya aparentemente tomada a escondidas. Borrosa y todo, el periódico la reprodujo a cuatro columnas. Era la primera cosa tangible que la ciudad tenía de usted, es decir lo único de usted que los ciudadanos habían logrado tener entre sus manos, aunque para media humanidad usted era más pública que la pila de la plaza pública. Su foto opacó el misterio de la muerte. Nadie hablaba del ahorcado sino de usted, de su figura esbelta, envuelta hasta los tobillos en un deshabillé que, aunque largo y alforzado, estaba visto que bajo él usted reposaba desnuda. Y el escándalo quedó allí. Al siguiente día alguna insinuación de que se trataba de algún fotógrafo maniático y nada más. No se volvió a mencionar el caso en el periódico. Esto fue martes, y el domingo siguiente usted fue vista bajo la bóveda inmensa del Teatro El Mercantil, con un abrigo de tigresa, acompañada al brazo por el dueño del periódico que también era dueño de la radio y dueño también de El Mercan-

til.

Nunca imaginé que al cabo de años y años de oír hablar de usted, de haber conocido la casa de museo donde vivió, de haberla visto en la calle abriendo flancos como una reina, yo haya llegado a conocerla de la forma que la he conocido.

Del gran siniestro se acuerda toda la ciudad. Espantapájaro el olvido no ha logrado espantar lo que pasó esa noche de febrero a la hora en que la familia estaba concentrada alrededor de ese portentoso tabernáculo de charolado laurel que bajo la magia de cuatro botones de pecho y uno de oreja guardaba el misterio de la música, del ruido, de la voz, de los enanitos que cantaban metidos ahí dentro, del señor Mucarcel o del señor Ramadán que leían el almanaque Bristol y aconsejaban comprar el papel oriental, el alhucema y el espliego para sahumar la casa en el bazar del turco Yazmín, del beduino Baracam, del sirio Maluk o del judío Kutz. La madre ya estaba quitada el fajuelo, el padre en tirantes, brilloso sin sombrero, las tías deshilachando sobre la falda un arcoiris de lana y la jorga de primos y primas sentada en los lugares más inverosímiles: el galápago recuerdo del a-

buelo, la lámpara de Bohemia que desde hace quince o veinte años permanecía ahí en el rincón sin colgarse ni romperse, el andador que un señor le mandó regalar a la otra tía para un niño que nadie sabe por qué se decidió a no nacer, la canasta de ropa recién lavada, el arcón con el arcabuz y la tercerola del abuelo en el doble fondo, el altar triescalo donde cada navidad se armaba entre todos el Nacimiento, y el zapallo seco que tía Andela tenía parado sobre la cómoda cumpliendo para su espíritu prevenido las funciones de sismógrafo.

Todos tenían a sus pies la taza con azúcar esperando el frío de las nueve de la noche para ver chorrear de la cantina desportillada el agua de cedrón. Era la hora ansiada cada semana para escuchar los pasillos del alma en la voz de la alondra nacional. Al tercer pasillo, cuando los ojos ya eran de borrego y se perdían en el fondo de las tazas estampadas, se interrumpió el encanto en media estrofa. Un minuto de marcha militar y la voz del locutor anunciando: "Un objeto extraño ha aterrizado a orillas de la ciudad. Se tiene el testimonio del Jefe Aduanero de la cadena norte y la noticia de que unos jóvenes que trazaban con leche la cancha para los encuentros que debían jugarse mañana, fueron secuestrados por los ocupantes de ese extraño aparato que llegó envuelto en una bufanda de fuego cardenillo".

Y desde la Radio Mercantil siguieron desatando el siguiente libreto:

aud.	tex.
Locutor 2:	Parece que la posición geográ-

	fica de nuestro país en el globo terrestre ha determinado, junto a la débil preparación de nuestro ejército, el que hayamos sido escogidos por estos seres extraños como punto de aterrizaje de algo que bien puede ser el comienzo de la guerra de los mundos.
Locutor 1:	Pedimos calma a la ciudadanía y anunciamos que dentro de breves instantes el señor ministro de la Defensa se dirigirá directamente desde su escritorio a todo el país a través de los micrófonos de ésta su radio.
Cabina de son.	Himno Nacional.
Locutor 2:	Señoras y señores, el Señor Ministro hablará para ustedes. Señor Ministro, está en el aire, adelante señor Ministro.
Cab. de sonid.	Mantener micrófono abierto mientras ministro (Pepe) habla desde micrófono 2.
Pepe en mic. 1:	Ciudadanos: Me dirijo a ustedes en nombre del señor Presidente de la República. Me encarga muchos saludos. Ciudadanos, debo informarles que una vez más, fuerzas superiores a las de nuestro ejército nos están invadiendo. Esta vez al parecer se trata de seres de otro planeta. No desesperarse ciudadanos, se han tomado las providencias del caso para salvar a la patria.
	El desembarco ha sido por el norte de la ciudad o sea que en

esta vez vamos a huir hacia el sur.
Nuestra división del norte ha sido alertada y al momento ya se halla estrechando el cerco al enemigo. Se ruega hacer caso de las siguientes instrucciones:
Todas las familias que vivan en el sector comprendido entre el centro y el norte deben abandonar sus hogares inmediatamente.
El ejército tratará de adecuar carpas. Las vituallas corren por cuenta suya, ciudadanos.
Dentro de media hora posiblemente cortaremos el alumbrado público en calles, plazas y parques.
Se ruega a los ciudadanos no prender más de un bombillo en sus casas mientras dura la evacuación, la misma que deberá hacerse utilizando los servicios de cualquier medio de locomoción, empezando por el de a pie. Seguiremos dando instrucciones.
Se ordena se mantengan pegados a su receptor. Gracias.

Cab. de sonid. Marcha 30 seg.

Loc. 1: Señoras y señores, dentro de breves instantes hablarán el señor alcalde y Su Eminencia el Cardenal.

Cab. de sonid. Marchas durante dos minutos.

Locutor 1: Antes de dejar en el uso de la palabra al señor alcalde, debo informar a ustedes que el telescopio situado en el palomar de

la familia del señor alcalde ha sufrido misteriosas rajaduras sin que se haya podido determinar sus verdaderas causas.
Algunos señores militares pertenecientes al Cuerpo de Dragones Logísticos han subido con lentes especiales al churo de la Alameda a otear el horizonte y aunque bajaron pálidos pero con la cabeza bien alta (algunos con tortícolis incluso) se supo que no descubrieron nada hasta el momento.
Con ustedes el doctor Parches.

Cab. de sonid. Himno a la ciudad (ponerlo desde segunda estrofa). Saltarse aquello de "nuestros pechos en férvido grito te saludan ciudad inmortal".

Locutor 3: Como alcalde de la ciudad vengo a deciros que seré el primero en poner mi férvido pecho frente a los rayos malignos de estos seres interplanetarios ya sean lunáticos, marcianos o marcianos lunáticos o lo que sean.
Nada más por ahora y recuerden que en esta ciudad se dio el Primer Alarido de Independencia contra los extranjeros. Gracias.

Cab. de sonid. Tambores 30 segundos.

Locutor 2: Ya habéis escuchado las palabras patrióticas del doctor Parches en las que se pide mantengan la calma y la cabeza alta para salir de este difícil trance en que ha sido puesta la

patria. Lamentablemente el telégrafo llega entrecortado y se ignora cuál es la situación de las otras ciudades del país.

Estimados radioescuchas, luego de las palabras del señor Cardenal han de retirarse nuestras ondas, si éste es el fin del mundo les pedimos el más cristiano perdón por cualquier deficiencia de nuestra parte pero sepan que les hemos servido desinteresadamente hasta el final.

Cab. de sonid. Poner salve, salve gran señora durante dos minutos.

Locutor: Amados hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo.

Dios da, Dios quita. Dios creó el mundo y un día tenía que acabarse. Quiero que penseis rápido como en cinematógrafo en todos vuestros pecados. Arrodíllaos hermanos que os voy a absolver: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Cab. de sonid. Característica musical de despedida de audición.

La ciudad había perdido sus proporciones. Ya no cabía tanta gente en las calles. Hasta los perezosos y los petacas habían hecho varios viajes hacia el sur llevando las cosas más queridas para morir junto a ellas: los portarretratos, las cartas, las estampas, el calzador, las medallas, los corozos, las chinas, los carey, las polveras, los cofrecitos, los relicarios, los recortes, las postales, los pasteles, las pistolas, el portalá-

piz, la lazulita y el lapislázuli, la poma, la bombonera, la compotera, el dije, la alhaja, la hachuela, la vihuela, el mandolín, el ludo, el dominó, los dados, los naipes del tresillo, el gramófono, el antifaz, la chispa, la petaca, los penecas, el sonajero y el chinesco, la matraca y la guaraca, el samovar y el escalfador, el sacacorchos y el tapapicos, el reclinatorio y la mecedora, la poltrona y el armario de lunas con espejo de cristal de roca y orillas biseladas, la bacinica, los gemelos, el organillo, la perla suelta, la cadena con mayólica, los colgantes en filigrana, las chinelas, babuchas, folgos y chapines, los huevos de pascua, los pedazos de cuarzo envueltos en papel de seda, el olor de clavo de olor sostenido en un algo de algodón, el embudo miniatura, el apagador de velas, el calidoscopio, la ocarina, los zancos, las garrafas, la damajuana, el pondo, el tiesto, el zurrón de puntas. Igual que en las tumbas de los siglos y los siglos. Una señora mandaba a pedir de urgencia que preste el llavero la señora Quimí para ver si alguna calza en mi alacena. Otra avanzaba portando en la cabeza a manera de gran refugio un enorme tablero de ajedrez en el un lado, camuflado por el señor de la Santa Faz en el otro. En las gradas y pretiles de las iglesias hombres y mujeres arrodillados confesaban a gritos sus pecados y se pedían perdón de todo, hasta de haber pegado los mocos en la pared. A pesar del tumulto y el temor, el éxodo era más bien ordenado y si se quiere lento porque las gentes caminaban como por encima de huevos. En los hospitales las enfermeras olvidaron el Decálogo de la Buena Enfermera y una atrás de otra salían despavoridas perseguidas por enfermos de pulmonía y niños deshidratados que imploraban les despeguen los botellones de suero, las cataplasmas

de linaza y goma arábiga, los guataplasmas de antiflogistina, los vasos aplicados en ventosa a las espaldas. Los empachados corrían puestos el irrigador. Hubo sustos, desmayos, accidentes y muertes. Las embarazadas abortaron y las que estuvieron a punto de parir se pasmaron y se quedaron piponas y sin poder moverse. Un niño que llevaba puesto un casco de minero fue tomado por marciano y sepultado bajo una carga de leña. A los enfermos del corazón se les daba la noticia despacito: —Señor, si desea puede empezar a prepararse suave-suave para las Audiencias Preliminares del Juicio Final.

La casa de La Linares estaba aglomerada como iglesia. Muchos fueron a pedir perdón por los malos pensamientos, los malos deseos, los comentarios antojadizos, las murmuraciones, la envidia, las calumnias. Pero la mayoría acudió abrigando la esperanza de escuchar a La Linares decir sus pecados a voz en cuello. No faltaron las infaltables, aquellas que siempre piensan más allá del común de los comunes, quienes portando pancartas y cacerolas decían que este fin del mundo era por La Linares, por su desparpajo, desvergüenza y escándalo.

—Esto es malo, dijo La Linares al sastre. Mañana cuando vean que el mundo sigue andando, volverán con más fuerza a hablar de mí.

—La gente quiere que se asome a la ventana.

—Hoy no. Ya llegará el día.

Cuando trataron de explicar que era una broma, una adaptación criolla a la obra de Wells, todo fue muy tarde. Lo primero que hicieron fue desnudarse y empapar sus ropas con gasolina para avivar con ellas las llamas que ya lamían el edificio. Por la ventana del tercer piso salió un piano, un asiento de tornillo y un pia-

nista de espalda erecta que siguió tecleando en el aire sin saber qué es lo que pasaba. Entre los incendiarios se hallaban en primera fila los huérfanos de último minuto, los que habían confesado y pedido perdón a gritos, los que se habían abrazado con sus enemigos, los cortados el sueño de gana, los que se quedaron con las esposas pasmadas, piponas y sin poder moverse, el duende con sus ojos del porte de la plaza y del tamaño del espanto, los que habían llevado acuerdos mortuorios al periódico y habían sido rechazados porque les faltaban uno o dos sucres, en fin los que habían sido maltratados alguna vez en los editoriales de El Mercantil repetidos en la radio.

En la Plaza Grande se escucharon increíbles revelaciones. Un ex jefe militar que había sido estratega importante en la guerra del petróleo, confesó su traición a la patria contando cómo a pedido de un míster asesor del otro lado, hizo embarcar cajones con naranjillas en vez de municiones. Otro militar pidió perdón por haberse zurrado en los calzones. Un tercero, que tenía renta vitalicia en calidad de héroe de frontera, confesó a boca llena que se trataba de una estafa porque, textual, yo había quedado escondido bajo la cama de mamita.

El presidente salió en pijamas a la terraza de Palacio a mirar cómo se acababa el mundo. Todavía medio dormido, arrimóse al barandal que antaño había pertenecido al Palacio de las Tullerías en París y que hogaño, gracias a él, a la visión desinteresada de un hombre que quiere lo mejor para su patria, adornaba el Palacio Presidencial de Quito, aunque la gente ignoraba todas las gestiones que él en persona tuvo que hacer a fin de conseguir en subasta internacional esas históricas y retorcidas barandas. A ellas se

aferró con la sensación de que de un momento a otro iba a volar con balcón y todo sobre las torres y las cúpulas de las cien iglesias que tenía la ciudad. Entonces le sobrevino un instante de vanidad in extremis y en su rostro rubicundo se dibujó la típica sonrisa de oreja a oreja. Recordó que de guambra marchó a los yunais a subsistir solito sin acordarse de los millones que tenía su familia ni de su condición de hijo de ex presidente de república sudamericana. Vivió solo en New York, vendiendo manzanas en las calles para poder subsistir. Ahora se contemplaba increíble a sí mismo, en pijamas y terciado la banda presidencial que había llevado también su padre desde ese día que en inmóvil complicidad (ver en calma un crimen es cometerlo, habían dicho sus detractores) dejó que la turbamulta fanática atizada por curas, beatas y guarichas predicandas arrastra y quemara al General de las Derrotas, montonero que con la una mano sostenía el machete y con la otra escribía cartas al Apóstol caribeño o animaba a los también montoneros de la Adelita y la Cucaracha. Se puso triste el Presi. Bien que Doña Paulina no estaba presente. Ella le había dicho: "hijo, quiero verte siempre sonreído, deportista y presidente". Para no perder la costumbre de buen frutero, días antes había entregado a la United Fruit Company las provincias de El Oro, Guayas, Esmeraldas y Los Ríos. Entonces una duda ensombreció su frente radiosa y dijo para su coleto: ¿De qué sirvió todo el peculado si al final se pierde el alma? Era un espectáculo ver al Presi queriendo filosofar. Grandote y a rayas sintió que se le enfriaban las narices. El Presi con su Gran Nariz comenzó a moquear. Nadie podrá leer mi libro de exaltación a la United Fruit. Buh, buh. Ni yo mismo podré leerlo. Lo saca-

rán como mi obra póstuma y no estoy enterado del texto. Me duele porque aunque no lo haya escrito por lo menos lo he suscrito. Buuuuh.

Dicen que la estatua a La Libertad —situada delante de Palacio y a la que los embajadores y milicos suelen ir a ponerle ofrendas florales como a un muerto— regresó a verlo y por encima del hombro entre sarcástica y compasiva le dijo:

—Perdone las espaldas, señor Presidente.

Así se enteró el vecindario que tía Andela había sido amante del militar y del relojero. Una inquilina confesó que cada tarde robaba miel para untarse en las partes y hacerse lamer del perro que dormía con ella. El tendero de la esquina vino a devolver una cantidad de dinero que consideraba correspondiente a la disminución del peso en la balanza y el aumento del precio de todo lo que expendía su negocio, el señor de la Embajada se arrepintió de sus amores con el Canciller y el gringo de las aldabas se acusó de haber golpeado a su propia madre.

Cuando La Linares estuvo a punto de zarpar en un armatoste que tenía más de barco que de camión, un hombrecillo cargado de cajones les detuvo:

—Ya no hace falta que se vayan. Todo ha sido mentira.

—¿Y ese destello colorado atrás de San Juan?

—Están quemando a los locutores que nos hicieron espantar.

—¿Y las balas que sonaban como tostado?

—Era la Guardia Presidencial disparando al tumulto.

—¿Y lo que está lloviendo lodo y sangre?

—Es el edificio del Mercantil hecho cenizas.

Desde entonces muchos comenzaron a ha-

cerles muecas a los periódicos y a las radios, se halaron las narices frente a ellos para decirles pinochos mentirosos chullabolsos y regresaron a sus casas a hacerse soplar éter con trago en las espaldas para curarse del susto. Por eso en cada trifulca o batahola se dice que este pueblo ya está curado de espanto.

El Gran Difamador era bajito, andaba con maleta y parker al bolsillo. Dios le había puesto la boca un poco a un lado, como al socaire. Parecía sociable y era feroz para un negocio. Muy complido, jamás perdió velorio, santo o vecina recién parida. Le gustaba bailar boleros y era partidario de los músicos que tocaban, no por nota, sino al oído. Tenía la voz apagada pero encendido el parloteo, le hervían como en locro las palabras, por eso quizá las sacaba arrastradas entre silbos y soplidos. Se admiraba de cualquier cosa y por todo se llevaba la mano a la frente en un gesto como de muñeco de palo. Cuando se sentaba lo hacía al filo de la silla y a medio despatarrarse como violinista concertino. Usaba sombrero arriescado, pantalones ajustados y sacos culingos. Aparecía entre las piernas de las grandes señoras o abrazado a las barrigas de los maridos. Se polveaba casi siem-

pre las mejillas, decía que era viudo y tenía los ojos manchados por la ictericia. El Gran Difamador vivía solo. Estuvo casado con la mujer más fea del país. La conoció cuando él trabajaba en un obscuro taller de provincia restaurando imaginería colonial y ella acudió con un San Sebastián más golpeado y lanceado que el de carne y hueso. El joven y hábil restaurador no sólo que dejó al santo con las heridas propicias, sino que se ofreció a ella para maquillarle el rostro aviruelado. Le haré una restauración con nácar de conchas, perlas y corales, le dijo al oído. Y ella, sin ruborizarse, porque pese a la emoción y a la vergüenza los vasos sanguíneos le llegaban marchitos al rostro desde ese viaje a los doce años de edad cuando se desató la viruela en el barco que venía desde Europa, le dijo:

—Si haces eso, te daré lo que me pidas bambino.

Le pidió que se case con él. Fue una boda muy concurrida. Asistieron los notables de la provincia que veían en el padre de la novia un futuro socio para cualquier empresa y soportaron con el estoicismo que da la codicia el espectáculo ridículo que ofrecía el casi enano junto a esa Venus gigante, averiada la cara con payuelas al momento de desembarcarla del "Partenón". El vecindario se apostó en el atrio de la iglesia y desde ahí vio pasar al "enano con la champeada".

En principio el matrimonio resultaba para él un buen negocio, pero al mismo tiempo el corte a las alas de sus sueños. El suegro le puso a administrar dos fincas madereras pero impidió la posibilidad de que él se convirtiera en el mejor restaurador del mundo. Por otro lado, el champeado comenzó a correrse y él se dio cuenta de que sus sueños infantiles de ser famoso y con

su fama conseguir a la más hermosa bailarina árabe o a la más bella modelo europea, se habían esfumado como se esfumó más tarde la fortuna del suegro gracias a las malas noches que éste pasaba jugando a la pinta y al bacará con los turcos.

El enano robó un cofre de joyas a su mujer, la abandonó y fue a vivir a Quito. Al cabo de un año abrió una contaduría, se volvió moralista, joyero y anticuario. Difamó a su suegro, cuando supo que éste desde la provincia se disponía a ser Diputado para recobrar con la política lo que los dados le habían quitado. El mismo divulgó que era yerno del candidato, dijo que éste era alegre, hombre de gran empresa, que hasta ahora no se ha dejado abatir por los fracasos a los que parece está condenado, que es buen administrador pese a que tiene los principios doctrinarios un poco endebles. Yo no quiero decir que todavía esté ligado a la masonería italiana, ni que a nadie, por favor, se le ocurra dudar acerca de la legalidad con que consiguió los papeles para nacionalizarse, repetía donde convenía.

De ahí en adelante su vida fue sugerir, insinuar, promover matices falaces; los sobreentendidos, las alusiones pérfidas eran las que provocaban sospechas y heridas. Decía sin decir, saboreaba del poder que disponía sin comprometerse abiertamente, conservaba adecuada distancia respecto del instrumento de su mal para servirse de éste con una facilidad de virtuoso. El proponía: "no le parece a usted que..." y era el otro el que iba a responder. Cuando a él le preguntaban algo, respondía con preguntas las preguntas. A los interlocutores les convertía en aliados, en cómplices. Por eso él admiraba a quien sabía escuchar. No es la palabra misma

la que actúa, sino el pensamiento que va unido a ella, la pausa que ocasiona, el tono en que se dice, la significación que va ligada. Restaurar el mundo como antes las tallas y esculturas es lo que se proponía.

La gente comenzó a llamarle con el apellido del suegro porque era a él a quien le correspondía como una alegoría: "Bocaccio boca de cacho".

Al nacer María Linares no solamente causó la obscuridad de la partera. Los quindes y güirachuros enfermaron hasta quedar desplumados, las aguas de las bateas se derramaron y el floripondio del patio empezó a oler a chivo.

María Linares fue hija única del finado Don Ernesto en su comadre Maruja Linar. Padre y padrino a la vez no soportó la maldición de las pilas bautismales y murió con alferecía a la semana siguiente de bautizada la criatura. El cura no quiso darle honras fúnebres en castigo a la burla que había hecho del agua y sal benditas, pero Maruja le mandó en una bandeja de plata varios juegos de zarcillos en filigrana, un collar con uñas de oso en oro y un rosario de vidrio, roto a la altura de la tercera avemaría. El cura no esperó los tres días de plazo que en la clave del rosario le concedía Maruja y a vuelta de mensajero mandó a devolver la bandeja con

el rosario compuesto, aunque sin los zarcillos ni el collar. La misa fue cantada y a ella asistieron los noventa y nueve inquilinos de Don Ernesto; alguien les había dicho que al no haber herederos legales, la casa del viejo podría quedar con ellos. El Ministerio de la Defensa pasó a ser dueño del inmueble según la Ley y los noventa y nueve inquilinos se arrepintieron de haber ido a rezar por el alma y los lunares azules de semejante chulquero.

Maruja Linar no fue a la misa que ella pagara. Llenó un baúl con faldas, blusas y cortinas negras y se embarcó rumbo a la costa llevando en bandolera a esa hija que le hacía cerrar los ojos cada vez que le chupaba el pecho.

Compró seis pasajes de primera y ocupó dos asientos triples, uno frente al otro. Sacó del baúl una sábana blanca, semiarrugada, con imperceptibles iniciales góticas bordadas en hilo blanco y se puso a llorar durante doce horas.

Cerca de Guayaquil, Maruja hizo bajar el baúl y en medio pueblo se sentó sobre él a horcajadas, quedando así, sin pestañear, viendo cómo en la costa el sol baja hasta la altura de las narices y se esconde atrás de cualquier mata de café o planta de guineo.

Pidió posada en el hotelito San Jacinto y al siguiente día con el olor a piñas y mangos del lugar se fue en mula hasta la choza del adivino.

—Soy de la sierra. He venido a hablar con don Alsino.

Después de unos minutos la misma adolescente que llevó el recado al brujo apareció en el umbral cañoso.

—Dice don Alsino que no puede atenderla mientras le haga sombra esa criatura guacha.

—Dígale que es a ella a quien quiero que le lea el ombligo.

—Dice que la suerte es para una de las dos, que de la otra no responde.

—Que le lea a ella.

—Que le saque los escarpines y le moje la tutuma en la batea antes de entrar.

Don Alsino era negro y un poco chorreado como manga de fotógrafo. Al fondo del cuarto sus ojos brillaban cual testes de toro, el pelo tenía blanco y bordado. En el piso como iguanas aplastadas, las hojas de plátano separaban al curador de la cliente y servían de ara y tálamo a la criatura que posaba desnuda con un caballito de mar en su mano derecha.

Después de media hora de jaculatorias y mímicas a lo director de orquesta, habló el viejo retinto:

—Dos hombres sabrán su secreto. El primero será como padre para ella y el segundo será como su hijo. Ambos se enterarán sin la voluntad de ella. Fuera de ellos, todo aquel que se acerque tendrá muerte trágica o sufrirá padecimientos. La vida es un camino que hay que andarlo, no importa que sea por los aires.

Maruja salió sin pronunciar palabra. Tomó los chapines de la niña y comenzó a hacerlos caminar solos a la altura de las narices. Fue a Guayaquil a pasar el duelo y a aprender a comer cangrejos. Llegó a casa de su media hermana Marieta Linar. Maruja tenía veintiséis años y Marieta entre veinte y veinte y dos. La gente pronto comenzó a llamarles Las Linares. Marieta no sólo que le enseñó a dar golpecitos en las patas de los cangrejos, sino también en las puertas de los cuartos de hoteles y pensiones que abundaban cerca al muelle. Pero al cabo de año y medio Maruja explotó. "Te rajaste", le dijo Marieta. Y Maruja sin decir palabra comenzó a rellenar un baúl con esterlinas, ropas y corti-

nas funerales. Al despedirse Maruja le dijo: "Ñaña, en el correo he botado una carta para vos".

Maruja Linar regresó a su casa en Quito. Las vecinas salieron a saludarla y el sastre dormilón le ayudó a subir el baúl desde el zaguán.

La carta de Maruja no llegó a ser leída por Marieta, porque al siguiente día de la partida de aquella, sin saber por qué, sin un motivo preciso, a Marieta le entró la taranta de tomarse tabletas de sublimado mezcladas con cerveza negra.

"Querida queridísima ñaña:

Aunque te llamas Marieta, mejor te digo adiós Purísima, tal cual te gusta presentarte a los amigos cuando desde un comienzo te caen bien. Marlén eres para los viejos y Gossanda para los chumados, para los jumos como dices vos. Así ajustas tu nombre a los sueños de pantalla que tienen los vetulios y facilitas la pronunciación a los chispines. Greta o Verónica también te llamas con esos que vas sólo un momento. Es como para olvidarte vos misma de vos. Y para que ellos a la vez tampoco te recuerden. Así, esta carta, escrita por tu hermana a Purísima, después del momento de leerla también será como si no la hubieras recibido o como si yo no la hubiera escrito nunca, lo cual me alegra porque te escribo solamente de floja, a sabiendas de que soy inútil para las despedidas y no atinaría a decirte nada de lo que aquí te digo.

Mientras la leas, Purísima, haz cuenta de que en el muelle nos estamos haciendo señas con el pañuelo, despidiéndonos con palomas.

A pesar del parentesco, antes de mi llegada, no nos conocíamos. O mejor dicho, nos conocíamos de oídas. Llegué de la Sierra con mi María en brazos, y ya ves, ahora está correteando. Venimos a la Costa por pasar el aniversario de la muerte de Papá el Mono que en paz descanse, por pasar el duelo de Ernesto alma bendita el padre de mi hija, por conocerte, por saber de vos, porque allá en Quito, lo único que se decía era que solita supiste capear el temporal, que no pediste ayuda ni misericordia cuando papá y tu madre quedaron abrazados, pero muertos, junto a una columna del portal que da frente al Banco Comercial. Hecha la muerta te pasaste casi toda la noche cuidando los cadáveres, pero a la madrugada llegó un piquete de tropa a recoger los muertos de la esquina. Vos también quisiste que te amontonen en la carreta, pero los soldados después de pellizcarte las nalgas y estrujarte los senos, te ordenaron que te largues. Caminaste como fantasma sin que te importen los gritos, ni los disparos que de rato en rato horadaban el amanecer, ni el ruido enloquecedor que metía la caballería cada vez que pasaba al trote o al galope por esas calles de Dios. Así llegaste a la ría y viste cómo a los muertos que arribaban en las carretas, les abrían el estómago con el yatagán antes de botarles al agua. En Quito se decía que supiste sobreponerte a la tragedia que nuestro padre el Mono mismo ha de haber buscado, porque se había hecho medio bolche, que meses antes a la masacre ya se había quedado sin el empleo que tenía en los talleres ferroviarios de Durán por pedir con paro el aumento de salarios y disminución de las ho-

ras de trabajo; que años antes, por haberse peleado con los gringos Patterson de las minas de Portobelo, le habían tendido una emboscada y le habían disparado por la espalda cartuchos rellenos con salmuera. El Mono decía que la vendeta no era por los reclamos que hacía en la Gerencia o en la Proveduría a la Empresa, sino por haber salido en defensa de las mulas ciegas: todo el pedernal que barrenaban los zapadores era movilizado dentro de las mismas por mulas que jamás salieron a mirar el sol: nacían en la obscuridad, cargaban en la obscuridad y morían en la obscuridad. Esto le parecía espantoso a nuestro padre y un día organizó la gran marcha a fin de que vean la luz.

De vos se decía que te habías dedicado a la costura, que vestías a las señoras más encopetadas del puerto, que te gustaba el calor y que no irías a la Sierra por nada, ni por conocer las lindas iglesias que tiene Quito ni por conocer a la familia. Decían que decías:

"De esa parentela
ni guarapo ni panela"

Bueno, te contaba que venimos a la costa por conocerte, por conocer la ría, por cambiar los billetes del Banco Comercial que alma bendita Ernesto el padre de mi hija me había dejado y que, de un momento a otro se hicieron difíciles de cambiar en Quito, porque decían que los Julianos iban a abrir un Banco de la Nación y a acabar con todos los monos chulqueros. Pero sobre todo venimos a ver al adivino en ese pueblito cercano acá. Esto vos nunca lo entendiste. A pesar de ser criada en la Costa entre brujos y bebedizos, eres medio atea. Me decías: "si las cosas tienen remedio por qué preocuparse y si no tienen remedio para qué preocuparse". Esa es tu manera de ver el mundo, siempre

con los hombros alzados. Pronto me contagiaste el quemimportismo. El dolor que me causó la muerte del padre de mi hija, la incertidumbre que tengo con ella y que ni don Alsino me ha podido aclarar, fueron poco a poco ahogándose en una actitud parecida a la tuya, como de siesta. Comencé a reirme a solas del amortiguamiento que sentía, y vos ñaña, te lo digo no como reproche ni como agradecimiento, a pesar de ser menor te fuiste convirtiendo en el palito de ciego de mi vida.

"La Costa hincha los pies y afloja las ganas contenidas" me dijiste. Y también: "A la cama de una viuda tiene que hacerla crujir aunque sea el diablo", y te mandaste a cambiar puesta un vestido lleno de flores rojas y amarillas de esas que se ven en el vómito del vértigo, dejándome a mí con la cabeza entre las manos, turulata, atrás de la persiana de palitos horizontales que quedó en vértice a medio levantar para que entrara la brisa. Pero lo que entró fue un verdadero vendaval, un violento viento loco que levantó, desordenó, revolvió y revolcó todo. Las cosas del cuarto se pusieron patas arriba, la hamaca de mi hija comenzó a moverse sola, silbaban las hendijas de esas paredes de madera, sonaban las hojas de zinc y yo tenía la sensación de estar bajo el viento infinito metida en la toca de una monja de la caridad a punto de levitar. Después vos sabes lo que pasó: te pedí que me traigas un hombre. Y vos acariciándome el pelo y las mejillas me trajiste al tuyo como para hermanarnos más.

Entonces comenzaron a llamarnos Las Linares, y el pergeño que echamos, casi transparente e indefinido, hacía que los costeños nos busquen por serranas y los serranos nos requieran por costeñas.

¡Qué vida tan sabrosa, tan de mamey y sandía! ¿Recuerdas cuando deshojábamos margaritas para saber si la vida nos sacaba el jugo o éramos nosotras las que le sacábamos el jugo a la vida? En el fondo no nos importaba saber qué pasaba. No nos acostábamos por la plata, no nos acostábamos con el que nos proponía sino con el que nos gustaba, con el que le escogíamos. Vos siempre tuviste debilidad por los milicos; era una especie de masoquismo a lo que te acogías, pues en tu ánimo aparecía el recuerdo de los matadores de tus padres y esa sombra de dolor que te sobrecogía terminaba siendo ahogada en el éxtasis y la lujuria. A veces también pensé que era un arraigado sentimiento cristiano lo que te arrastraba hacia ellos, una lucha cuerpo a cuerpo entre el rencor y la grandeza. El escondido odio que te atraía terminaba envuelto en el paño tibio del perdón, y te duraba hasta la próxima vez. A mí me gustaron siempre los marinos, me parecían saludables, salobres y salidos de los cuentos, con sus brazos velludos y sus pechos tatuados, con su olor a ballenas, siempre fumando cigarros enormes, sacando humo a grandes brazas, como dragones, como pesadas locomotoras, con sus roncas risas rajando el aire. Cuando llegaba alguno flaco o contrahecho yo le pedía me permita tener la gorra marinera entre mis manos para acariciarla mientras hacíamos el amor.

Resultas de esos y otros revuelques que seguimos dándonos he contraído una enfermedad incurable. A los marinos les amortajarán con las mejores galas, les envolverán en la réplica de la bandera del barco, les pasearán desde el codaste hasta la roda, les pasearán por el puente de paseo y el puente de mando, los pondrán un instante en catavento a catar el viento, tomarán

sus agrumetadas gorras que a mí tanto me gustaron y las pasarán como algodones santos por los estoyes y chafaldetes, los tomarán por sus cuatro puntas como para descuartizar la rosa de los vientos y los botarán para arriba hacia el fondo del mar, amarrados al estómago un áncora de fondeo para que nunca más vuelvan a contraer o contagiar enfermedades de puerto, o les dejarán a rasobalsa sin más testigos de sus alucinaciones que la bitácora de última vez. A mí en cambio si me descubren los de la Oficina de Aseo de Calles, Cañerías y Profilaxis Venérea me clausurarán en el loquerío o me harán comer por los gallinazos en el camal de la ría.

Me voy. No me queda otro remedio. El doctorcito ha dicho el treponema puede subirle a la cabeza. Antes de que esto suceda, quiero subir a la sierra y esperar lo que Dios mande, ahí en mi ciudad entre los falderones del Pichincha, las retretas municipales y los recuerdos de Ernesto el padre de mi hija.

Adios Purísima, recibe todo mi cariño.

Maruja."

Don Ernesto antes de hacerse chulquero tuvo una difícil temporada. Fue esa época inmediata a su arribo a la capital. Llegó con un tobillo hinchado, con hambre, con sed, trayendo en sus costillas y espaldas lamparones verdes, morados y negros, florecidos en el éxodo a consecuencia de la tunda de palos que le había dado su padre como despedida al momento de expulsarle de la estancia solariega.

Con esa carcoma e incertidumbre que depara el peregrinaje obligado y sin destino preciso, Ernesto tomó el rumbo de aquella línea flamante, aún sin estrenarse, por donde en pocos días más iba a pasar el primer tren. Caminó no se sabe cuántos días y noches tratando de encontrar el punto donde se unían las paralelas. Caminó casi sin detenerse, como hipnotizado, sin levantar la mirada de esa línea de plata que corría como toda fortuna sobre miles y miles de

durmientes. Se cansó tanto que las línes férreas comenzaron a abrirse y cerrarse formando cuellos y barrigas de botellas, formando los contornos de la guitarra y de la quieta y frondosa primahermana que quedó en Riobamba. En alguna curva creyó ver unos caperuzos lanzando monedas hechas con los remaches férreos a un gran saurio potentado y enorme en cuyas narizongas nacían o terminaban los rieles del tren.

Llegó cojeando, jalando el poncho estanciero, arrastrándolo como si se tratara de un viejo jamelgo o un pinto remolón. Llegó con sombrero verde de ala caída en todo el contorno, llegó mugroso, con camisa de cuello duro y pantalón de montar. En el viaje su barba se hizo blanca y se llenaron de sangre sus ojos azules. Llegó cuando en la capital eran las doce y martes de carnaval. La mujer de un soldado fue la primera en descubrirlo:

—¿Ven ese espantapájaros por la línea del tren?, preguntó al corro de guarichas que chachareaban en el borde del andén armadas de baldes de agua, huevos, cascarones de cera con anilinas adentro, picadillo, fundas de harina y cajas de talco.

Todas corrieron sobre él y le hicieron carnaval. Ernesto permaneció como estatua. Antes que protestar sus ojos decían de un raro agradecimiento. Empapado, talqueado y de mil colores se puso a caminar tieso, con los brazos y piernas como de palo, sintiendo más que nunca el peso de las botas feudales y de la soledad recién lavada. Se subió a un gran atado de cebollas que estaba arrumado en el andén, se sentó como Buda sobre él y se puso a reír y a llorar sin término ni descanso. En el andén se quedó diez años. Con los únicos sucres que traía su talega inició su carrera de prestamista. De

calé en calé, de medio en medio, de real en real, de interés sobre interés llegó a ser dueño del andén, dueño del cargador y de sus hernias, del brequero y de sus guantes, del maquinista y de su humo, del jefe de estación y su pizarra, del jefe de patio y de su sueño, del telegrafista y su temblor, dueño del bodeguero y sus cuentas alegres, del señor de la ventanilla y de su cárcel, del fogonero y de su infierno, del controlador y de su gorra, del raso de vía y sus señales, de la fiambrera y de sus viandas, de la cariuchera y sus platos desechables de hoja de lechuga, dueño de la caldebache y sus caldos humeantes en fondos floreados, de las fritangueras y de sus pailas, de la fresquera y sus dos baldes, de la canelera y su país del oro y la miseria, de la huevera y sus proclamas pícaras, de la espumillera y sus ilusiones de célibe, de la frutera y sus mejillas, dueño del dulcero y sus alfajores y buñuelos y yemitas, del celador y de su pito, del escapero y sus pies de Mercurio, del pesquisa y su recompensa, del soldado y la guaricha, del corocero y sus figurillas, del mercachifle y sus yardas de palo, del caramanchelero y sus chucherías, del timador y sus bolitas, del suertero y su papagayo, del charlatán y sus culebras, del embaucador y sus pomadas, del rufián y sus pelanduzcas, de la Loca y de su hija, de la gitana y de sus ojos, de los posilleros y de sus camas, del voceador y de su escándalo, del fondero y sus calderones, del tendero y sus balanzas, del vecino y del de al lado, dueño del cachivachero y sus peinillas tijeras cuchillos navajas espejos botones trompos perinolas baleros yo-yos canicas calcetines almanaques alfeñiques animalillos anillos zarcillos debajeros zarazas rosarios escapularios mantas cintas imperdibles invisibles imposibles.

Nadie sabe con exactitud el verdadero origen de La Linares. Por esos imponderables de la vida, cuando Maruja Linar dio a luz el fruto de sus amores con Don Ernesto, la criatura que nació no tuvo el materno color de té ni el ambarino sonrosado del chapetudo padre. Tuvo el color de la alta noche, un ébano plomizo, un azabache polvoso igual a la piel del negro Jorge, guardaespaldas de Don Ernesto. Antes de producirse el parto, padeció siete días de dolores tendida al través de la hamaca o abierta y de rodillas sobre el ladrillo pelado del galpón de la casa ernestina. En cada dolor se le oía crujir las caderas. Maruja Linar sonaba como la proa de un barco a punto de descuadernarse. Evitaba los gritos mordiendo una estatuilla de la Virgen hecha en madera y tomando a sorbos un tazón de agua de purgas-para-mujer con zumo de hojas de higo. Finalmente, entre lágrimas, sudo-

res, escalofríos y babas espumosas Maruja Linar dijo ¡ya! Una masa sanguinolenta fue recibida por la partera y sumergida inmediatamente en una palangana mientras Maruja Linar caía en la tibieza del alivio y del desmayo. A los tres días despertó y encontró a su lado a la más bella criatura. Se llamará María igual a la balsa que pasé masticando antes del parto, dijo y se volvió a dormir treinta y siete días más hasta completar la dieta.

Dicen que la partera fue hasta entonces una especie de hada madrina para Maruja Linar. Creyó que el nacimiento de ese niño de color iba a causar la tragedia de Maruja y a impedir que Don Ernesto case con ésta y la convirtiera en sucesora de su herencia. La comadrona se arregló, nadie sabe cómo, para suplantar al niño negro con esa portentosa criatura. De la verdad sobre esto, nunca nadie supo nada, ni Don Ernesto, ni Maruja, ni el negro Jorge a quien la lógica de la partera le atribuía la paternidad del vástago y peor aún María La Linares. La partera perdió el habla y el oído cuando se dio cuenta de que la criatura cambiada más que niño o niña, era como ángel. Solamente le faltaban las alas y el pañito que la discreción de los pintores ha acostumbrado poner a la altura de las ingles celestiales. Como quien lleva un secreto a la tumba, la comadrona llevó a su mundo silencioso y tapia la certeza de que Maruja tuvo un niño jorginegro, sin imaginar siquiera el milagro de una tatarabuela zamba en la progenie de la Linar, aunque era capaz de comprender en pago que la angelical criatura conseguida para el recambio era hija de una primeriza de esas que quedan preñadas del arcoiris cuando salen a pasear por el campo, por eso cada cumpleaños ha de llover y hacer sol al mismo tiempo y la gente ha de decir que se

están casando el diablo con la diabla.

A los doce años siete meses una hoguera de carne fulguraba con exceso en los pechos de la niña. Abud Dassor, el comerciante más rico del lugar, quiso quemar sus manos y sus labios en esa llama que amenazaba con incendiar el mundo. Hubo de pedir en matrimonio a la niña. A la sazón la madre de ella ya estaba recluida en el Hospicio y el sastre que hacía las veces de padre y madre, creyó que esa boda era una bendición del cielo. Abud Dassor llevó un juez matrimonial a la hora del almuerzo, le invitó a comer mondongo y le hizo firmar las actas del casorio. De la mano llevó a la novia a la casa nupcial. Ella con sus zapatos blancos, blanqueados con la exageración del flores de cinc, fue pateando trozos de calicanto desperdigados a lo largo del camino. Llegaron a la calle de herradura y él le dijo:

—Esta calle tiene dos entradas: quienes hayan ingresado la primera vez por el lado de las barandas gozarán de la buena suerte que da la herradura. Los que entren por la izquierda vivirán en conflictos, vivirán pobres y morirán anónimos aunque sean mayoría.

Y ella, media cuadra después, con los vestidos levantados por el viento dijo:

—Señor Baúl, ¿y si se encuentran en mitad de la herradura qué pasa?

—No me digas señor. Y no soy baúl. Soy Abud. Abud Dassor. Abud Dassor Cazim. Abud Dassor Cazim López. Tu marido.

A la noche, él en calzoncillos largos trató de explicarle los deberes de esposa. Ella sentada en el rincón de la cama sobre los duros almohadones, sin hablar palabra, cruzados los brazos sobre las rodillas le detenía a él con miradas inocentes pero duras al mismo tiempo. Abud

Dassor trató de acercarse. María con sus manos delgadas estampó una tunda de zarpazos en los cachetes casi grises de Abud, pues aunque se había afeitado para el mondongo y el fandango los puntitos abundantes y tupidos le daban la apariencia de vivir embozado en sus propias sombras. Abud Dassor, en verdad no era ni un infanticida ni un sátiro. Su casorio fue un casorio normal, normalmente arreglado y convenido de acuerdo a las costumbres. Pero la costumbre no contaba con la resistencia de la esposa. Abud el comerciante comprendió que algo raro había pasado en el mundo cuando los arañazos que tenía sobre sus mejillas y las mordeduras en una de sus manos comenzaron a infectarse, vio que la negativa de la esposa no fue una pesadilla sino una realidad, algo estaba pasando no solamente en su ancestro sarraceno de haremes y serrallos sino en este rincón recoleto y franciscano al que su padre vino a sentar reales desde la lejana Ismid a orillas del mar de Mármara. Vio por un instante, quizá como un relámpago, que había otro mundo más allá de la imposición y la obediencia, más allá de las yardas de casimir, de esa caja registradora –un tanto barroca y con campanilla– que todas las noches le sacaba lenguas de a cien, de a quinientos, de a mil. Algo había pasado, algo que no estuvo previsto en los cuadernos de la doble contabilidad que llevaba Cazim en sus negocios. Por primera vez alguien no estaba bajo su dependencia, alguien no agachaba la cabeza ante el puñal de su vocecilla, de su tiple lacerante, de sus palabras ganzúas que abrían todo. Alguien no había recogido del suelo frases que él las hacía rodar metálicas como si fueran esterlinas, cóndores, soles, ayoras, lauritas, calés, nicles.

María huyó a la casa pintarrajeada de azu-

les y encontró en el zaguán al sastre estacionario sentado en la silla vienesa de esterilla recibiendo la resolana mañanera, cruzado la pierna y con los hilos colgados de las orejas como de finas poleas.

—Si no me ayudas con ese hombre te juro que te escondo todas las tijeras, las tizas, las reglas, los dedales, las agujas, los moldes, el hilo y el metro.

El esposo umbrío aceptó la realidad y se comprometió con el sastre a pagar los estudios de María en el colegio de las monjas del Sagrado Corazón. Ahí le enseñarán a ser una obediente esposa cristiana, dijo el musulmán apóstata.

Una tarde de requesón y dulce de membrillo, el zapallo de tía Andela cayó de la cómoda al suelo. Cayó exactamente como un zapallo, rebotó con rebotes secos, rodó ciego, sin dirección, cabeceando como toro herido bajo el raro impulso de su forma de huevo grande, de ovo apocalíptico. Girando sobre sí mismo se puso a roncar con roncos ronquidos de trompo subterráneo. En el estertor de las vueltas hizo imprevisibles eses, chocó contra las paredes cuartéandolas, desquició las puertas, partió dinteles, desdentó almenas, alocó campánulas, quebró marquesinas, arqueó el alféizar y el alzapaño, malparó las columnas, columpió las lámparas, desclavó los óleos y las témperas, astilló el peldaño, rebató el péndulo, penduló el atrapamoscas, amoscó al valiente, espantó a las mujeres, morigeró sus ínfulas, impelió mamparas, verjas y ajimeces, agrietó las calles, sulfuró el aire con tétri-

ca pestilencia de chamuscados y podridos huevos, ovaló las ruedas, enterró las reumas, regó los floreros, derramó el azogado estanque, pasó el floripondio al otro lado del río, pasó el río al otro lado del cerro, pasó el cerro al otro lado de la ciudad, llenó de arrodillados la plaza, lanzó el campanario sobre el gentío, amotinó y despavorizó la chirona, apagó la luz, secó el agua, esparció el calofrío y la fiebre por las bancas de los parques, desbordó las cañerías, convirtió en trapos fétidos las olorosas rosas, los flamantes gladiolos, los frescos fresales, las vagorosas bugambillas y las benignas begonias, ensució las azucenas y el narciso, narcoferó los nardos, sacrificó los crisantemos, desvioletó las violetas, degolló el cartucho jirafero, desvencijó geranios, jazmines y gencianas, desgarró gardenias y grosellas, destaló los tulipanes, las dalias, el tilo, los lirios y los alhelíes, despetaló margaritas para ver si el país se acababa por obra de los terremotos o de los malos gobiernos, hizo contar a los asustados las estrellas de la imploración, los luceros del arrepentimiento y la luna de la impotencia, del reniego y la blasfemia, despertó al telegrafista con perurgidos puntos y rayas pulsados desde los más apartados rincones del mundo, puso un sombrero tejano en la cabeza del Presi para el recorrido y la inspección de la desgracia, llenó hasta la bandera el patio de Palacio con notas y cartas de condolencia, rellenó las bodegas presidenciales, los corredores, el gran pasillo, el altillo, las buhardas, el palomar, el torreón de guardia, los calabozos, los cuartos falsos, el túnel al convento, la salida a la quebrada, el pasadizo al cuartel, la fosa, la capilla, las catacumbas, el salón amarillo, el salón azul, el salón rojo, las salas de espera, las salas de desespera, las salas de recibo, las salas de audiencia,

las salas confidenciales, la alcoba pública, la alcoba de secretarias, la alcoba íntima, el comedor de los esbirros, el salón de credenciales, el muladar de los pesquisas, el salón de los espejos, la galería de presidentes, el cagadero de edecanes y el estercolero de los ahijados. Lo mismo hizo con las casas de hacienda de las Haciendas Presidenciales, las abarrotó con enormes fardos que venían zunchados desde las cuatro puntas del planeta hasta este país sentado en el ombligo del mundo y en el cual según los termómetros de la paciencia no pasa nada a más de la línea equinoccial.

El Cuete García, que en secreto era hermano de la Primera Dama, fue nombrado Administrador de la Junta de Reconstrucción del Terremoto de las Flores.

—A Dios gracias si no fuera por el terremoto no hubieras trabajado nunca, le dijo la Primera Dama a su medio hermano.

—Ya vas a ver cómo en dos chinchos pongo todas las cosas a marchar sobre rieles.

—Ojalá no las pongas a volar.

—Sobre eso tengo instrucciones precisas de tu marido.

El Cuete García a más de ser el cuñado del Presi, había sido su alcahuete oficial desde cuando jóvenes.

¿Te acuerdas de la Larga Rosario, de la Sóplame el Ojo, de la Teta con Agua?

—Y vos Cuete ¿te acuerdas de cuando te robaste un reloj en la fiesta de las Calisto y al mo-

mento de prender las velas de la santa, al momento en que nadie siquiera respiraba te sonó el despertador adentro del bolsillo?

—¿Te acuerdas de las Bellas Salvajes, de la Bello Animal, de las Madamas de Afrecho?

—Y vos Cuete ¿te acuerdas cuando cayeron por las bastas de tus pantalones los cubiertos de plata que te habías guardado y con sangre fría te agachaste a recogerlos y entregaste a la dueña como si se tratara de un ramo de flores diciéndole cínicamente "Des-cubiertos"?

—¿Te acuerdas de los serenos que le dimos a La Linares hasta hacernos amigos?

—Bueno Cuete, primero no la mezcles a ella, segundo que no nos hicimos amigos por los serenos sino por mi idea genial de aparentar un accidente y pedir socorro en la casa de ella, tercero que si hay algo de que debes vanagloriarte en tu vida de a perro es ser hermano de mi mujer y amigo de La Linares. En verdad es la mujer más linda y más dije que yo he tratado.

El Cuete era bien recibido en todas partes, apreciado por todos a causa de sus ocurrencias, de su sal para contar cachos y chascarrillos, de su espíritu bohemio y aventurero, de sus borracheras diarias pero inofensivas. Era de buen porte, ojos claros, bigotitos sedosos del color de la nicotina que llevaba impregnada en sus dedos tijereros, tenía uñas bien cuidadas especialmente las del juego y la vihuela; era el genio de la trampa, tenía una vista de águila, veía las cartas en los lentes del contrario, en el vaso de cerveza, en el charol que circulaba. Una vez le ganó mano a mano al Chagra Varea viéndole las cartas en el ostentoso prendedor de corbata. Esto te pasa por venir de etiqueta, le dijo mientras le hacía besar la mano "castigadora". Años más tarde, La Linares apaciguó las aguas

cuando el Chagra desafió a duelo al Cuete a consecuencia de una broma que hizo éste cuando vió llegar al Chagra con su esposa acompañados de otras dos parejas presumidas: "ahí vienen el Conde y la Condesa, el Torpe y la Torpesa y el Chagra y la Chagra esa", había dicho el Cuete entre la risa de los presentes.

Los círculos que frecuentaba el Cuete acogieron con entusiasmo su nombramiento como Administrador de la Junta de Reconstrucción del Terremoto de las Flores.

—Ya era hora de que le toque el turno al Cuete.

—Me alegro como si fuera yo mismo, ojalá aproveche al máximo, tan alhaja que es.

—Lo grave es que si le va bien se ha de arreglar para que haya terremoto cada año.

—Eso qué importa, Santa Mariana dijo que el paisito se ha de acabar por los malos gobiernos y no por los terremotos.

—El Cuete es gran persona.

—En este país todos son buenas personas.

Ni la sombra de los cinco mil muertos ni el llanto de las veinte mil familias damnificadas lograron detener a los forajidos presidenciales que parapetados en el Cuete hacían desaparecer bultos del tamaño de una casa. En doce meses pasaron por sus manos más billetes que por las ventanillas del Banco Central y la gente comenzó a decir que era el hombre de confianza en todos los negocios del Presi. Parece que fue tanta la gratitud de éste que hizo incluir al Cuete en el parte mortuorio cuando falleció la suegra.

—Debe constar entre los huérfanos, no importa que vaya con otro apellido, no hay por qué ocultar cosas naturales, a este país hay que democratizarlo, hay que bajar al mercado y abrazarse con las cholas de las plazas y no hay

que negar si de esos abrazos sale de repente un guagua, decía el Presi moviendo los hombros.

—Razón que ahora la aspiración de cualquier cholo normalista es casarse con la hija de un patrón.

—Es preferible que todo lo del patrón sea el sueño dorado de los cholos y chullas. Peor sería que combatan y detesten lo del patrón.

El parte mortuorio ocasionó banderas a media asta en todo el país, regimientos con marchas fúnebres, cañonazos de pesar, pompas funerales en la Catedral, asistencia obligatoria de los empleados públicos, calles de honor con las colegialas desmayándose dentro de sus uniformes con golas y sombreros de cocottes, ocasionó ofrendas florales de cada oficina y rincón del paisito, tintura al negro de las mejores galas porque cómo te has de ir de colorado al entierro de la suegra del Presi ni que se tratara de la tuya por demás también ah. Ocasionó que las poetisas cometan poemas necrológicos. Pero a la par ocasionó que si el Cuete era cuñado del Presi estaba visto que éste se llenaba los bolsillos explotando el trabajo del cuñado advenedizo.

Cuando ya fue vox populi el latrocinio que se cometía a amparo y beneficio del presidente, éste casi al desgaire, perniabierto, de sport, con la sonrisa liberal de siempre, dijo:

—El Cuete ha metido la pata, a todos los comerciantes del trato les ha firmado recibos, les ha quedado debiendo bultos, les ha pedido dinero adelantado para próximos terremotos, les ha ofrecido darles a precio de huevo las haciendas de la Asistencia, ha vendido el Chimborazo y ha hipotecado el monumento de la Plaza Grande. El escándalo y la estafa del Cuete son inocultables e irreversibles, de lo que se trata a-

hora es de deslindar sus chanchullos de mi persona.

En realidad al Presi nada le llegaba a preocupar seriamente, tenía una pachorra de caimán, los editoriales de El Mercantil rebuscaban para esa pachorra de caimán la palabrita 'ecuanimidad' y sacaban a relucir siempre aquella huelga de universitarios sofocada no con la caballada y el garrote sino con la simpatía y los canastos de sánduches y jabas de colas que envió a los huelguistas. Tenían presente la magnanimidad del Presi con aquel político que le combatía con una revista de doscientos ejemplares y que al Presi le parecía ocurrida al punto de estar dispuesto a financiarla.

La Linares que lo conocía desde hace muchos años decía que el Presi solamente la facha tenía de tonto.

El Presi era buena persona, grandote e inofensivo como una palanqueta totémica, rubicundo, narizón hasta la simpatía, bonachón hasta el anonimato, merlino, ojos de azul bobo como decía la gente. Era en materia de discursos un nuevo estilo, no movía las manos ni gesticulaba al hablar, no cambiaba el tono ni el volumen, no usaba palabras raras como tránsfugas, rastacueros, ratoniles, mostrencos, mequetrefes. "Habla como evangelista" decían al principio, pero los editoriales de El Mercantil comenzaron a machacar que ahora el paisito ha superado las arengas fogosas vacías de contenido. Desde entonces al Presi le decían que es un Presi Práctico.

—En eso sí se parece a los gringos, no se anda con vainas, decía el Cuete.

—Por algo la Columbian le dio el título de Doctor Menoris Causa, decía chanceando La Linares.

El Presi era gran gente, un verdadero de-

mócrata según El Mercantil. No le importaba codearse con los cholos, era deportista, chullero, le gustaba bailar aires típicos, sanjuanitos, cachullapis, incluso en la plaza a veces. Tenía la soltura y desfachatez del patrón gringo y la sal y chabacanería del mayordomo pícaro. Era una mezcla de chicle y tripa mishqui, de chicha y coca-cola. El en persona iba a franquear las cartas al Correo o a ordeñar las Holstein, era diestro para el sapo, se hacía retratar en short jugando fútbol en la plaza y se sentaba en cualquier localidad en la Plaza de Toros. Nunca hubo tanta paz en la Republiqueta. Gracias a ello, entre choclos humeantes, cariuchos, llapingachos, timbuschcas, mondongos, cuyes y puerco hornado se firmó el Tratado Militar de Pestilencia Recíproca con las águilas del norte. Después de la firma —le contaba el Cuete a La Linares— un editorialista de El Mercantil le preguntó al Embajador de las águilas sus impresiones, y éste respondió.

—Todo very well, nos hemos servido hasta el último bocado.

Cuando el Presi dijo "nothing, nothing. Nada por aquí, nada por acá", lo dijo seguro de lo que decía, porque la Shell le pasó el informe diciéndole "take it easy boy, en esa selva a más de tzántzicos reductores de cabeza no existe nada, nosotros seguiremos ocupando esas provincias pero con fines evangélicos y antropológicos". Y vinieron los Institutos Lingüísticos, las Fundaciones, los Programas, los Hijos de Jehová, los Hijos de El Salvador, los Hijos del Señor, los Hijos de Cristo Rey, los Hijos de Dios General de los Ejércitos, los Hijos de las Siete Plagas, los Hijos de las Siete Leches, los Hijos de la Gran Flauta y los Hijos de la Gran Puta.

El Presi era práctico. Para que no sigan im-

pugnando su efervescente fortuna, para que esto no sea un pretexto y comiencen a meter las narices en los Estancos, en las Aduanas, en los Ferrocarriles y sobre todo en el Banano tuvo una idea genial para que el Cuete se joda y a la vez se salve solo. Ordenó —mandando una copia de la orden a El Mercantil— que lo fiscalicen aunque él sea mi cuñado, que hasta que se aclare vaya preso al Panóptico. Y a renglón seguido ordenó al Edecán de Servicio que ubique donde sea a Bocaccio. Ya verás cómo él arregla la Historia. El es un mago.

El Gran Difamador cobró caro la campaña. Yo te arreglo pero me das todos los contratos para construir las carreteras en el paisito sin plazo de entrega ni ingenieros fiscalizadores.

Y la boca de cacho, la lengua de tornillo, el hocico de mecha, comenzó a perforar, a barrenar, a trasponer.

—¡Qué horror lo del pobre Cuete metido en camisa de once varas por culpa de una mujer!

¡Al Cuete le ha dado chamico La Linares y le ha sangrado hasta el último centavo, hasta dejarlo en soletas!

—¡Razón los lujos que se da la muy puta!

—¡Y nosotros haciéndole malos juicios al Presi, que puede ser lo que sea pero nadie puede decir que no sea honrado, al fin y al cabo es de familia decente!

—¡Tanto terremoto para que a la final todo se lleve el diablo!

La casa que fue de La Linares tiene techo de musgosa teja y gruesas paredes de barro, de ese apretado con guano seco y sangre de toro. Mas las gentes dicen que tal argamasa fue apresurada con empenta de otra laya; que son entierros, huacas y empotrados los que sostienen a esos paredones y, al paso advierten, que corre maldición para quien los desapresure o despeñe.

La casa forma esquina en esa plaza redonda que iniciaba el camino a La Chorrera y por el cual, desde hace muchos años antes que naciera La Linares, subían y bajaban las mulas aguaderas cargadas con zunchos, pondos y barriles; a veces también bajaban con trozones de hielo envueltos en saquillos rumbo a las tiendas donde se preparaban el salpicón y las pajaritas de coloreado granizo.

El frente principal no da a la plaza sino a la calle que sube a desembocar en ella. Mide

unos treinta metros de largo y no es más que una gran pared, alta y blanca como un talud de yeso, interrumpida tan sólo por el repujado portón añil que la distingue, y rematada a todo correr por una balaustrada de gordas canillas pintadas también al albayalde.

A la plaza da en cambio un frontis cóncavo de seis o siete metros con una puerta de segunda que, abierta de día, permitía a Joaquín Villamil Cabamba tomar sol en su asiento de esterilla. La puerta está flanqueada a flor de barba por un ventanuco que forma arco de todo punto y por un descomunal acanto que sostiene el balcón de barrigosa urdimbre, donde se arreglaban altares para el paso del Señor en la procesión de Corpus, y donde La Linares recibía los incontables serenos dados por solistas, duetos, tríos, estudiantinas y bandas cada vez que alguien conocía sus hechizos o reclamaba sus favores. Cierta ocasión coincidió el sereno de un poeta con las vísperas del Corpus. El balcón había sido arreglado con el acostumbrado esmero, cubierto con edredones de seda, colchas de terciopelo, lazos de papel crepé, cadenas en papel de estraza, floreros de bronce, faroles, lámparas votivas de cristal verde celadón y candelabros de plata con el llamón protegido por cascarones de vidrio espumado que, contra pared, alumbraban a los cuadros de San Buenaventura, La Dolorosa, La Reyna de los Angeles, San Cipriano y el Pastor de los Desamparados, constituyendo el todo un portentoso y entrehecho retablo.

Entonado y a ras del alba, el poeta enancó en la música de un antiguo amorfino, los siguientes versos:

Bella señora
de ardientes pechos
tus edredones me has hecho ver
más yo quisiera
bajo esas sedas
besarte toda y luego al revés
besarte entera
bella señora
desde los ojos hasta los pies
y si así fuera
yo te aseguro
que indulgencias no has de perder
pues de los santos
que estás velando
uno de palo has de padecer.

El poeta amaneció muerto en la calle, con todos los bolsillos sacados como lenguas, sin sombrero y quitado los zapatos. La autoridad dijo que le castigó la Virgen por haber cantado versos profanos ante las imágenes venerandas y que a la final su muerte no es que no importe pero que felizmente se trata de un chulla cualquiera, de un pobrete que no tiene a alguien que se aproxime a reclamar su cadáver y que, a más de esos versos que cantó ante la indignación de todos los recordados vecinos, no se sabe nada de él, incluso la propia balconeadora no lo conoce según se deja establecido.

Por el portón añil se accede a una escalinata de anchas lajas con macetas y coliflores de yeso a los costados. La escalinata tiene tres descansos y atraviesa la gradiente huerta, uniendo el portón con la casa propiamente dicha, la que consta de dos sobresalientes alas, con ventanas abajo y balcones arriba, unidas por un cuerpo central —enjuto de pecho y apocado de luz— donde remuerde los goznes la puerta de casa bajo el alero de escampar. Las ventanas están en-

rejadas con pechera de azagayas herrumbrosas, el alero descansa sobre consolas de piedra húmeda y los balcones son de consultado remanso a fin de que las mujeres puedan apoyar el codo en él al tiempo que la barbilla en la palma de la mano mientras pasa la mañana y mientras pasa la tarde, mientras pasa la llovizna y pasa el verano y pasan los años. Cuando un lugarteniente del General de las Derrotas dijo que lo que asoma a los balcones de Quito es la ociosidad, no se imaginó que esa frase entre otras iban a recordarle mientras lo quemaban vivo en la pira de El Ejido.

En la huerta se cultivaban las más variadas hierbas y plantas medicinales, muchas que fueron obsequiadas desde lejanas tierras, prendiendo con fortuna hasta las más difíciles y celosas gracias a la mano prodigiosa de La Linares. Plantadas al tresbolillo, ahí se daban la legendaria mandrágora, el sagrado muérdago, el hechizador chamico, el narcotizante y nauseabundo beleño, la doradilla para hacer orinar, el depurativo marrubio, el ruibarbo para purgar, la borraja para sudar, la nuez vómica, la asa fétida, la antiespasmódica ipecacuana, el carminativo eneldo para el flato, el perfumado heliotropo, el venenoso rejalgar, el bedegambre para curar estornudos y la árnica para hacer estornudar, la menta que impotenciaba y la guayuza que encendía y fertilizaba, el toronjil y la valeriana para los nervios, el caballo chupa para las escaldaduras, el cedrón para antes de rezar, la manzanilla para el estómago, la mejorana para amedrentar las recalenturas, el matico para curarse en salud, el azándar, el servato, la saragatona, la yerba buena, la yerba luisa, la yerba impía, la yerba mora, la yerba de las coyunturas, la lengua de vaca, la atzera, el helenio, la celedonia,

el esquenanto, el llantén, la verbena, la altamisa, el hinojo, el canónigo, el orégano, el corazoncillo, el mastranzo, el poleo, el cólquico, la salvia, el anís del país y el anís estrellado. Y como un claustro de olor, el ensimismado floripondio con sus blancas campánulas colgando evasivas más allá de las dolencias, emborrachando él a las ovinas moscas que le zumbaban en sumarísima derrota.

Por la puerta de casa se entra a un corto y descombrado zaguán que desemboca en el patio interior, rectangular y adoquinado con piedra sillar y alisados morteros, rodeado por toscas columnas y anchurosos soportales. En una esquina al fondo del patio se abre un arco que da lugar a un pasadizo de ocho o diez metros, el cual, desde la media tarde es sumamente apenumbrado y era el sitio donde los vecinos decían haber visto raudos encendimientos anunciadores de plata enterrada. Varias veces levantaron duelas y baldosines y picaron muros tratando de encontrar baúles llenos de joyas o alforjas con barras de oro, pero a lo sumo dieron con huesos enterrados posiblemente por perros. Al cruzar el pasillo los vecinos tenían la costumbre de golpear con los nudillos las paredes a la espera de una percusión que denote vacío, falsedad o doble fondo. Los niños solían raspar con cucharas hasta dar con los carrizos que las enalmaban. Cuando exageraban la carcoma, los padres les reprendían por destructores, pero no se cuidaban de seguir repitiendo ante ellos las consejas coloniales que, la mayoría de veces, reemplazando a la merienda edulcoraban la costumbre de sentarse a la mesa con el repique del Angelus. Este pasillo arcado daba a un patio de tierra apisonada, y éste, a través de unas gradas hechas al azadón daba a la gruta de lajas rete-

nidas al desgaire, donde reinaba la Virgen de Agua Santa acompañada por un ángel de cemento que lloraba con lágrimas municipales.

Esa casa fue comprada por Don Ernesto con parte del dinero acumulado al chulco entre tanto necesitado que acudió a él y a sus préstamos. La compró a la viuda de un buen señor que, tralla en mano, la hizo construir por cien indios a los que tuvo que pagar con la diaria cazuela de mazamorra, el zuncho de trago cada fin de semana y hasta con la posada cuando alguno se enfermaba. Sin embargo, por subirse él en persona a colocar la espiga y la veleta en señal de haber concluido la edificación, resbaló y fue a parar al patio adoquinado entre el estallido de las vísceras y el descruzamiento de la columna porque cayó mal sentado.

—Vea lo que me pasa: "Jaula acabada, pájaro muerto". Y todo por hacer él mismo las cosas, porque estos indios no sirven para nada, dijo la viuda al comprador.

Y cuando ella decía que el difunto había sido constante y trabajador, seguramente se acordaba de los callos que le habían salido al pobrecito en las manos a causa de tanto sujetar la tralla. Fue un negocio redondo: con la plata de unos pobres se compró el trabajo de otros pobres, pero la casa quedó con Don Ernesto y la plata con la viuda del señor de la tralla.

De esta suerte la casa del portón añil fue de Don Ernesto hasta su muerte. Como no dejó testamento comenzó un largo trámite, pues el sucesor que aparecía según la Ley era el Ministerio de la Defensa. Mientras tanto se permitió vivir ahí a todos los inquilinos que a la sazón habían vivido bajo los calambres y estreñimientos del usurero. La Linares y su madre también fueron consideradas como inquilinas.

En esa casa vivió entre fantasmas, duendes, aparecidos, entundadas y almas de muertos que venían a recoger los pasos. De niña comía los camotes y tomaba las sopas únicamente para que la Mano de Muerto no asome atrás de las vidrieras del gabinete o para que la Calabaza Negra deje de mirarla desde la albardilla de la tapia. A la noche, antes de acostarle, mientras le ponían una camisola bordada en bastidor de palisandro o mientras le daban pediluvios de alcanfor para enmendar sus pasos por el Bien, solían relatarle vidas de santos e historias ejemplares y hacíanle rezar para que el Angel Guardián venza con sus alas doradas al Diablo de quemantes trinches.

Angel de mi guarda
dulce compañía
no me desampares
ni de noche ni de día.

Luego sobrevenían las pesadillas y el desvelo. Soñaba repetidamente que era lanzada a una alberca infestada por lagartos que se le acercaban desde varias direcciones a devorarla, a menos que lograse decir el nombre de cada uno de ellos, única manera de conjurar el peligro, pues al escuchar sus nombres los atacantes reventaban como pompas de jabón. Este sueño lúdico entre la vida y la muerte siempre estuvo presidido por un grande y afónico señor que desde el filo de la alberca, con sus manos en bocina gritaba los nombres de los lagartos. Pero su débil voz era apagada por el chascar y romper de aguas, llenando de pánico y desesperación a la niña que despertaba entre sudores y alaridos. Al comienzo los sueños, sueños no más son, decían las vecinas cuando le untaban las sienes con esencia de apenta o le echaban buchadas de trago en la espalda para hacerla estremecer hasta que se le vayan los malos humores y los gusanos de las pe-

sadillas. Después venían los desvelos y con ellos los ruidos. Ruidos como el de las arrastradas pezuñas del Diablo Ocioso, como el de la Mariangula con sus tripas y su puzún, ruidos que al comienzo solamente ella oía, que para escucharlos había que callar y si era posible no respirar, como el del estregón sotanero del Cura sin Cabeza. Arrastrados ruidos de rezos, jaculatorias, letanías, glorificaciones, exorcismos y mortificaciones. Rumor de rezos, rozar de razos, erizar de risos, riscar de rosarios, raspar de rastras. Ripio interior que afloraba incontenible al menor pretexto en la oración de La Magnífica, el Señor Mío Jesucristo o el Yo pecador me confieso. Ruidos del sereno y las cuatro dando, de los tunantes, chispos y jaranistas, del capariche rodando su carretilla, del municipal aflautando su carrizo y del celador y su gorjeo. Ruidos de pasos seculares, pesados como el del Cargador de Muertos, o livianos como los de la Beata Benavides o el secular indio Cantuña. Ruidos de saltonas tartanas que trasladaban de casa a familias enteras encimadas sobre los más increíbles armatostes, tereques y bártulos de toda especie. Eran los ruidos del alba, como si ante ellos no quedase otro remedio que sentarse a oírlos, a oírlos pasar y oírlos ver. Ver a las almas y a los aparecidos con la costumbre que se ve a los vecinos. Buscar entierros, empotrados y huacas como buscar las tijeras que aquí puse y no las veo o como buscar las liendres entre la larga cabellera de la vecina que se peinaba con peine de hueso y raya a la mitad. Ruidos que al barrio le hicieron silencioso, que le recogieron a las seis, le acostaron a las siete, le durmieron a las ocho, le desvelaron a las doce, le levantaron para el Rosario de la Aurora, le anunciaron el Viático, el Angelus, el Catecismo y la Distribu-

ción, porque la ciudad entera dependía de las campanas y los sordos campaneros. Doce campanadas al mediodía y todos se iban a almorzar como un disciplinado monjerío rumbo al refectorio. Doce campanadas en la alta noche y crujían las tablas, chirriaban las puertas, sonaban las paredes, caían las aldabas, goteaba el grifo, se agigantaba el armario, le salían cachos al ropero, silbaba el viento, se abrían las ventanas, se astillaban las gradas, caía algo del fogón y se prendía como un fósforo azul el arco del pasillo, el rincón del traspatio, el pie del árbol y el filo de la gruta.

Conforme acrecentaba la fortuna, el Gran Difamador acumulaba también una serie de resortes invisibles para utilizarlos a manera de chantajes y lograr que la gente acepte su presencia en compensación a no caer bajo la hez de su veneno. El Gran Difamador tenía en la punta de la lengua la vida milagrosa de cada familia de esta ciudad. Cuando se ofrecía poner a alguien en la picota, Bocaccio daba el santo y seña de lo que se creía más oculto, más tapado. Boccacio era la boca que desunía, la gran olla de la ciudad donde quedaban desmenuzados los abortos, los desfalcos, los falsos testamentos, los chantajes, las prevaricaciones, los peculados, las estafas, los cuernos, los pactos, las falsificaciones, los conciliábulos, las deudas, las traiciones, los crímenes y las aberraciones de los personajes más influyentes, de los más ejemplares ciudadanos, de las familias más distinguidas, de la crema, la flor y la

nata de la quiteñidad. Llegar a ser lo más abyecto posible para no entrar con desventaja en esa vida de alta esfera, parece haber sido el propósito del momento para Bocaccio. Poco a poco fue convirtiéndose en el primer invitado de toda fiesta, en el plato de toda boda. Comenzaron a hacerlo padrino de todo lo imaginable; del pelo de la novicia, de la inauguración del alcantarillado, de las presillas del Prefecto, de la Primera Patada del Partido, de la primera menstruación de la niña en sociedad, de la vaca lechera tolón-tolón, del perro campeón, del pubis afeitado de la socia más antigua del club, del canario australiano, del Decano del Cuerpo Diplomático, de la donación de carros policiales, de la fiesta del capulí, del choclo y de la yuca, de la flamante dentadura del ministro, de la promoción de Estudiantes Altos, de la Reina del Suburbio, del manto de la Virgen Patrona de las Fuerzas Armadas, de las orejas y rabo del quinto toro, de las bodas de plata, de las bodas de oro, de las bodas de cacao, de las bodas de diamante, de las bodas del café, del banano o del petróleo en la Iglesia de la Paz o en Santa Tere. Era además el padrino más portado. El, que había sido avaro y metalizado, ahora parecía derrochar con exceso. Sólo la sonrisilla socarrona que aparecía en la esquina de su boca cada vez que firmaba un cheque o lanzaba al aire los capillos, sabía que no eran despilfarros sino inversiones las que hacía. Comenzaron a dar su nombre a las escuelas, a las ciudades, a los concursos, a las cruzadas, a las bombas de flit y a los carros cisternas. Cada mes le declaraban "la Figura del mes". Le comenzó a faltar peto para las condecoraciones y también bodegas para las bandejas de plata y pergaminos.

El Gran Calumniador se decidió a ser el

hombre más poderoso del país. En la ambición de nada sirve el querer. Primero hay que poder lo que se quiere y "poder hacer es hacer poder". Comenzó a construir capillas para monjas, templos para unos evangelistas recién llegados, fundó cabarets, los hizo bendecir por el Obispo y estrenar con el presidente. El repartía el florón, repartía los empleos, las notas del catecismo, los pases de cortesía, los permisos de importación y los permisos de portar alfileres, mondadientes u otros objetos corto-punzantes. Compró una cadena de pericos, urracas y cacatúas, instaló cotorras y loras repetidoras en cada esquina, instituyó un casino, copó las acciones de los bancos, alquiló esbirros, orejas y soplones, importó murciélagos, vampiros, buhos y lechuzas, se hizo dueño de todas las resmas de papel. "Hay que restablecer la pena de muerte", "Alemania es Alemania", "Franco cuenta con la gracia divina" o "Gracias United Fruit" decían los editoriales de su prensa. Si antes no pudo proclamar la calumnia a gritos y utilizó como instrumento favorito el bisbiseo al que daba la categoría de confidencia, ahora el proceso encubridor era el artículo serio, la noticia imparcial y objetiva, el remitido siempre apócrifo, las cartas de los lectores escritas por él mismo o por los difamadores epigonales, las entrevistas conchabadas, el silencio y la pausa cuando convenían, tal cual antes. La impunidad en nombre de la libertad de expresión.

Ahora el Gran Difamador era el puntal de la sociedad, era la mano divina que encubría todo, la voz que silenciaba los escándalos, el billete que edulcoraba lo podrido, el poder que sostenía el poder. Demostró a la flor y nata que él era su angel guardián, que si bien es cierto antes la chantajeó también es cierto que nunca la

atacó en bloque, sobre todo como pudo haberlo hecho. Sus chismes e intrigas eran cosas que ya pertenecían al pasado y que había que tomarlas como simples averiguaciones. Lo que en la mujer es curiosidad en el hombre es sentido de investigación, repetía el enano millonario, por eso puso orejas y micrófonos en las casas de los políticos, de los militares y de los revoltosos. Ya no hacía distingos personales, su solidaridad no era con fulano o mengano sino con la flor y nata en pleno, todo lo que venía de ella estaba bien, todo lo que era contra ella estaba mal. Simplemente defiendo lo que debo defender y ataco lo que debo atacar, decía en los cuestionarios serviles que sus lacayos le enviaban para que conteste.

El Gran Difamador se hizo prohombre. Y el Gran Difamador se hizo mujeriego. Pero las damas que comenzaron a ofrecérsele eran jamonas menopáusicas esposas de aristócratas venidos a menos y empobrecidos viejos crotos.

Para entonces ya nadie lo llamaba Bocaccio sino Don Aurelio.

Años atrás, cuando aún no había consolidado todo el poder, había pretendido a La Linares cuando ésta era colegiala. Todos sabían que era la muchacha más linda del país. Así lo dijeron las monjas al escogerla durante tres años seguidos para salir en el carro alegórico puesta el manto de la Virgen. En la adolescencia La Linares tenía un rostro lánguido, medioval, parecido a una estampa de Rafael o a la mismísima Virgen del Perpetuo Socorro.

—Es demasiado bonita para ser virgen, dijo el enano aguzándose los bigotes.

—Es demasiado adefesio para mí, dijo la niña acariciándose los senos.

Desde entonces La Linares fue la espina y

el capricho de Bocaccio. "Me he de comer esa tuna aunque me espine las manos", había dicho con su voz áspera, su nariz ganchuda de porfíado y su frente fruncida por tanta calumnia y estafa que hubo de tramar. Calvo y arrugado casi desde niño, siempre tuvo la apariencia de un feto arropado. Daba grima verle junto al enorme y fornido Presi cuando recorrieron el país en campaña electoral. Mi Director de Campaña es un genio, decía el Presi sonreído. Es un hombre que casi no aparece, que casi no se le ve, pero está como un dios en todas partes.

La amistad de Bocaccio con el Presi venía desde cuando el Presi no era Presi todavía, de cuando aún no se dedicaba al paisito sino al ordeño de las vacas solamente, aunque en casa y en confianza ya le decían Presi desde niño. Nunca se distanciaron ni discutieron, ni toparon el punto de la guerra porque el Presi era partidario de los aliados y el Gran Difamador de los fascistas. De Hitler llevaba siempre en el maletero el libro 'Mi Lucha' y sobre él firmaba los cheques con su parker de oro; de Musolini tenía el retrato en la cabecera de la cama porque decía que su cabeza era igual a la de él. Pero en los negocios no hubo diferencias ni preferencias: el Presi cuando llegó a ser Presi recibió plata de unos ex combatientes nazis para que se les permita instalarse en aldeas privadas en las selvas orientales; Bocaccio en cambio que era pro nazi, se dedicó durante la guerra a desbrozar las selvas de Esmeraldas para hacer tablones de balsa y enviar a los norteamericanos instalados en las Islas Galápagos donde habían armado cañones atrás de las tortugas y se habían escondido donde las iguanas acostumbraban a poner los huevos.

Al cabo de los años él también se construyó

su cueva, la dotó de guardianes, teléfonos de mil colores, puertas de seguridad, pestillos automáticos, cajafuertes, micrófonos, parlantes, antenas y pantallas. Ya no necesitaba gastar tanta saliva para lograr sus objetivos. Daba órdenes escuetas y precisas. Un imperceptible movimiento de sus cejas para arriba, de sus orejas para atrás, de su pulgar para abajo y eran movilizadas sus pandillas de monos, orangutanes, mandriles, titíes, macacos, rangers, gibones, platirrinos, araguatos, abazones, soimiríes, chimpancés, pentágonis, gorilas y paracas.

Yo soy La Linares, piedra de toque de la ciudad. Nací el año siguiente a la masacre. Uno de mis hombres dejó escrito que mis ojos almendrados son como arenas movedizas. Gracias a mí la gente tiene de qué hablar, de otro modo se pasarían rumiando sus tristuras y lloviznas interiores. Por mí las mujeres han aprendido a lavarse bien las partes y a cambiarse de vestido y de peinado. Por mí los hombres sueñan en mujeres bellas o van con ganas a la cama a hacer el amor con sus esposas. Por mí no están solos los solos, inclusive Dios, porque sus terremotos y procesiones han sido por mí, por mis caderas que todo remecen y merecen castigo, exorcismo y reparo. El aire se perfuma a mi paso y se hacen rojas las flores de todas las plantas. Mi

fama ha traspuesto los mares y he recibido propuestas de emires, califas y sultanes. También de un dictador centroamericano. Hasta de un Nuncio y un Vicario. Me han maldecido las esposas y me han anatematizado las madres. Los hombres de mi ciudad para llamarse tales, tienen que haber besado por lo menos la punta de mis guantes. Algunos han renunciado a sus vidas por inmortalizar sus nombres junto al mío, pero si bien es cierto que consiguieron ser premiados con el escándalo luego lo fueron con el olvido.

Yo soy La Linares bella, soy La Linares fatal.

Estudié hasta los dieciséis años con las monjas del Sagrado Corazón. Mi padre fue de Riobamba y se llamó Ernesto Martínez Martínez. Estuvo enamorado de mi madre y no casó con ella porque a los sesenta se comienza a creer en Dios pero se deja de creer en la liturgia. A la sazón mi madre tenía veinticinco años y creía en el amor, en las leyes y en las buenas costumbres. Las bodas no son para la pareja sino para contentar o defraudar a una docena de inquisidores, le decía él. Yo creo que en el fondo debe haber pesado la diferencia de edad entre ellos y el secuente trago amargo del ridículo, o quizás, esas fantasías sobre amores libres e incestuosos que mi madre me relataba medio ida y que nunca supe si en verdad era una historia contada por mi padre a ella o simples alucinaciones suyas. A las dos semanas de mi nacimiento murió mi padre. Era, como se decía en ese tiempo, rico y de buena familia, aunque de mala reputación. Con los términos de hoy en día tendría que decir que fue un aristócrata feudal devaluado por rencillas familiares y que a fuerza de dar la plata al chulco y de extorsionar

a miles de gentes llegó a ser millonario. No lo digo, simplemente porque fue mi padre aunque no lo haya conocido, pero fue el único hombre que supo de los muslos encendidos de mi madre (a pesar de que alguien dijo que mi madre se dedicó a la vida en Guayaquil cuando yo tenía uno o dos años), el único que supo de sus ojos de águila en celo, mitigados no por la presencia del varón, sino por la dura e inflexible herencia familiar y por la desesperación que le causó mi nacimiento y orfandad. (Mi bisabuela materna terminó de morirse a los cuarenticinco años, después de haber soportado durante veinte el cinturón de castidad que el bisabuelo, una mañana lluviosa y lejana, abrochó media hora antes de embarcarse rumbo a Panamá. Mi abuela Pata en cambio se salió a los catorce años de edad con un pálido y descachalandrado mono que había venido a Quito a sacar oficio en el Protectorado. Después de haberla visto a ella con rulos atrás de la ventana, el Mono se bajó en bicicleta las escalinatas de la Alameda para impresionar con su macheza a la dulce serrana. Tres meses después con un amor acuñado entre piruetas, señas, recados y papelitos, la niña de rulos fue a vivir en el cuarto del estudiante luego de haberse casado a hurtadillas en misa de cuatro de la mañana. Con mi madre en el vientre, mi abuela Pata quedó en la ciudad, mientras el Mono, con sus largas y torcidas corbas, con sus pantalones desverijados y sus camisas salidas, fue a trabajar primero de tornero y luego de zapador en las minas de Portobelo, de donde salía una vez al año para visitar a su enrulado encanto. En los primeros tiempos el Mono le escribía diariamente trocitos de cartas que a la postre él mismo depositaba en las manos de ella junto a un saquillo de albaricoques traído

a lomo de mula, una maceta con el helecho de Zaruma, un pañuelo de ovos recogidos en el camino, pedernales pepiteados con oro y un barquito de tres velas pasado con magia por el cuello de una botella. Luego mi abuelo el Mono dejó de escribir, dejo de armar barquitos y de escaldarse en las mulas. Mocora en mano apareció años después a pedir el divorcio a mi abuela Pata para poder casarse con la madre de Marieta. La abuela se santiguó ante la propuesta, diciéndole: "Caballero, mejor hago cuenta de no haberlo oído").

Cuando empecé a adquirir uso de razón, mi madre comenzó a perder la suya. Así vivió un poco por los aires hasta cuando tuve ocho o nueve años. Una noche comenzó a desvestirse delante de todos los vecinos y cayó envuelta en una espuma azul que le surtía de la boca. Los guardias la llevaron al Hospicio. Ahí ha pasado el resto de su vida entre el silencio de esas cuatro paredes y el silencio de su hija que jamás ante nadie la nombra. A los doce años me hicieron casar con el señor velludo. Hasta los dieciséis estudié en los Corazones. A los diecisiete me fui con un estudiante de medicina a una guarnición militar cerca del Putumayo. Los brujos del oriente le hicieron la brujería y le dañaron para siempre, convirtiéndome yo en su contemplativa enfermera. Un oficial colombiano que me había conocido en un bailache en la frontera comenzó a enamorarme. Se pasaba las noches desde Puerto Asís con la banda de músicos para darme sereno y disparaba salvas al otro lado del río para que yo lo oiga y le recuerde. Regresé sola a Quito para evitar un duelo o una guerra por mi culpa. El estudiante de medicina murió envuelto en la bayeta de la soledad entre sudores y orines. Durante el 41 conocí muchos hombres,

especialmente instructores extranjeros. El tiempo posterior al Pacto fue un tiempo duro para los militares. La gente les cortó el saludo y les hizo el vacío en todo lado. No podían salir uniformados a la calle porque les insultaban y les achacaban a ellos las culpas del Presidente y de los ministros. Antes, en la guerra de los cuatro días pasé encerrada bebiendo con tres escritores de esa época. Uno de ellos murió con los ojos distraídos y otro se hizo Embajador. También pasé la Gloriosa y ví entrar al Ausente por las calles de Quito rodeado de miles de gentes, más de las que asistían al arribo de la Virgen del Quinche. En aquella época conocí a muchos políticos, algunos de ellos jóvenes y con ideas de avanzada, pero esas amistades se hicieron cada vez más infrecuentes porque en vez de venir a visitarme o de mantener el fervor en las calles, ellos se encerraron en el congreso y en las oficinas a hacer leyes y cuentas. Después los tiempos se tranquilizaron. Conocí al Doctor Parches, quien de puro simpático y regio para el baile llegó a ser alcalde de la ciudad. El me presentó al gringo Esmid. Es el gringo más portado y más lanza que yo haya visto. En su tierra había sido panadero y aquí se hizo pasar por ingeniero y consiguió la orden para hacer el alcantarillado y la red de agua potable de toda la ciudad. Se hizo millonario en pocos años, poniendo a veces los mismos tubos viejos de antes. Era íntimo amigo del Doctor Parches y del Presi. Con ellos y el Cuete García armábamos unas inolvidables veladas en mi casa blanca con puertas y balcones azules, en ese tiempo la única casa con azul añil, hasta que el Alcalde se le ocurrió una Ordenanza Municipal por la que se obligaba a pintar las casas de la ciudad igual a la mía.

Nunca supe lo que es una gripe, ni me han

dolido las muelas, ni me han dado esos cólicos que dan a todas las mujeres. Dicen que hasta los cuatro o cinco años vivía encerrada medio cuerpo en un cajón. Yo no me acuerdo, pero hacen esa referencia para decir que desde entonces mi madre estaba loca. Yo creo que fue por otro motivo. Papá Joaquín ha hecho las veces de padre y madre conmigo. Joaquín Villamil, de oficio sastre y de beneficio un corazón enorme, más grande que la casa azul donde yo nací y él vivió desde los tiempos de la abuela Pata (tan linda la abuela cuando supo que el abuelo se había enamorado de la madre de Marieta, le planchó todas las levas y los cuellos duros, los metió en una canasta con tapa, de esas que hacen en Cuenca, y le dijo: "Caballero, por aquí es más derecho". El abuelo, con la canasta y la madre de mi tía Marieta, regresó a la costa donde había nacido. La madre de Marieta le había rodeado de cariño en la época en que mi abuelo quedó cesante del trabajo que tenía en Portobelo de donde había retornado con los últimos ardores de la sal en las espaldas, con la dentadura picada por el agua del río y con una carraspera que el médico había dicho que se llamaba "neumocosis producida por la sílice de las minas". Los cuellos duros allá no le sirvieron. Volvió a ser lo que antes de conocer a la abuela Pata había sido: un mono alegre, jodido y soñador. Hasta que lo masacraron por eso: por alegre, jodido y soñador).

En esa casa viví hasta los veintisiete años, en ella se han decidido nombramientos y cuartelazos, alianzas y candidatos a ganar, apuestas y tratados a cobrar, cosechas y ministerios al partir. Después del terremoto de las Flores me sobrecogió el pánico en pensar que podía repetirse en Quito y en la casa blanca con añil; enton-

ces pasé a vivir en esta otra, como de chocolate, con los techos empinados, casi verticales, con madreselvas y bugambillas en la tapia y una chimenea que enciende Papá Joaquín cada año el día de los inocentes en memoria de Herodes. Me gusta la música suave, especialmente la cantada por mujeres. Mi debilidad son las flores.

Seguir en la casa blanca con añil significaba vivir rodeada de inquilinos amables y niños alegres. Ese vecindario era una muralla que me guarnecía de los comentarios que empezaron a llover sobre mi persona, de las pasiones que desataba, del puritanismo, la galantería siempre resbalosa y arrastrada como cáscara, el chantaje, la leyenda. Pero yo, no sé por qué, no quería guarecerme de todo eso. Si alguna vieja avara decía que su marido me hacía sendos regalos y aupaba mis caprichos yo me empecinaba en el marido hasta dejarlo en la quiebra. Me dí por pasear en las narices de los que condenaban alguna relación mía. Si las cofrades del Buen Suceso rezaban por la salvación de mi alma, me gustaba ir en persona a oír las oraciones que daban por mí y por mi acompañante de turno, al que llevaba conmigo adelante como salchicha faldero. Era una especie de revancha, pero nada personal. Incluso las cofrades me caían bien, con sus ojillos tan astutos, sus lenguas de tornillo, sus mantas ceñidas con alfileres grandes de cabeza negra, sus pasitos escaldados, sus cuerpos de signos de interrogación preguntando cosas por sí solos. Parecen cacatúas con patines o garruchas en los pies. Me rechazaban y me admiraban a la vez. Me escudriñaban de principio a fin sin disimulo, con ese ojo fotográfico femenino que mientras más viejo, es más instantáneo y severo. Unas me veían con odio, otras con envidia y otras con nostalgia como diciendo "yo era así

de hermosa hace sesenta años". Cuando no estaban en grupo, algunas se volvían melosas y me miraban como su representante en la vida, en el amor, en los hombres. Siempre hubo personas que me amaban en secreto y me difamaban en público y otras que me galanteaban y admitían, pero que en el fondo no me perdonaban, porque sabían que nunca iban a poder poseerme, ni siquiera como objeto de su imaginación.

Muy a mi pesar las malas lenguas me han convertido en mujer fatal, no me gusta para nada que, en varios casos, me hayan vinculado con la muerte, el hechizo y la desgracia. Aquel pintor extranjero que hizo un retrato mío y después de finalizarlo desapareció, había retornado a su ciudad creyendo que era posible olvidarme, pero después comprendió que la única alternativa era lanzarse al cráter del volcán tutelar. Lo del Coronel Marte fue del siguiente modo: él había adquirido un flamante juego de comedor. A los pocos días de comprado, su hijo de cuatro años le había rayado con un tillo de Pilsener los aparadores, las sillas y la mesa. Cuando vio Marte la travesura de su hijo, tomó el tillo y le hizo el mismo número de rayas en las manos del niño hasta hacerle brotar sangre. Las heridas no cicatrizaron y la criatura fue al Sanatorio Militar para la curación. Fue un castigo imposible de restañar. Fue necesario enviarlo a Estados Unidos. Se desató la gangrena y le amputaron las manitas. Al regreso el hijo le dijo al padre: "papito ya no volveré a rayarte el comedor pero devuélveme mis manos". Marte me contó desesperado lo ocurrido y yo caí desvanecida. Dicen que alcancé a balbucear algo como "mejor te hubieras pegado un tiro", pero él, como para darme y no darme gusto a la vez, decidió abrirse la yugular frente a un espejo en el tualet de

mi casa.

Bocaccio siempre ha estado en primera línea en esto de imputarme cosas, siempre intentó cercarme valiéndose de mil estratagemas. Unas veces eran regalos que yo rechazaba a vuelta de mensajero, eran cartas y flores, eran cálidos serenos al pie de mi ventana refrescados con el bacinazo impecable de Papá Joaquín, era "la impertinencia de la ocasión propicia" buscando fiestas a las que yo estaba invitada o armando tertulias para que me hablen de su persona y la prosperidad de sus negocios.

Un veintiocho de diciembre hubo un baile de disfraces. Yo asistí como siempre con mi vestido de colombina (si en la vida real nunca repetí la vestimenta, en los disfraces nunca cambié el vestido). En veces anteriores él había ido de Pierrot y había obtenido mi desaire por oportunista, lambisquero y petulante, pero esta vez fue trasvestido de puerco espín quizá con el ánimo de asustarme. Se acercó acezante, murmurando con su inconfundible voz de secretero algo así como "la bestia saluda a la bella". Para su sorpresa yo le dije: "Hola Bocaccio, así sí le soporto, pero por favor no se saque la careta porque me desvanezco y no he traído las sales". Se dio media vuelta y al cabo de tres años desató una campaña en mi contra diciendo que yo había brujeado al Cuete García para que desmantele la Junta de Reconstrucción del Terremoto de las Flores.

Como en todos los casos de corrillo y comidilla, el último en enterarse es el agraviado; sin sospecharlo siquiera yo seguía aceptando la amistad de siempre del Cuete, porque el Cuete es gran persona, es lo más ocurrido y sincero del mundo. El incluso me había confiado ese y otros latrocinios del Presi, pero yo más que na-

die sé que así mismo son los ricos, de otro modo cómo podrían acumular tanta plata. El Cuete en cambio seguía tan pobre como siempre. Había veces que no tenía dónde caerse muerto y yo le daba para los cigarrillos. Recuerdo que a él le gustaba oírme cantar una canción que en alguna parte de las estrofas dice así:

Los zapatos que te pones
te los compro yo
te los pones tú
te los compro yo.

El Cuete —como él mismo lo pregonaba— vivía de ilusiones y bebía de invitaciones. No necesito plata, con que la gente me quiera me sobra y me basta. Y sonreía consentido. Tomaba sin parar y cuando en alguna farra se acababa el trago les obligaba hacer vaca para ir a comprar más. La familia de él decía que no le reconocen porque el Cuete es muy Cuete, que les hace caer la cara de vergüenza, que termina empeñando las cosas y hasta vendiendo la ropa para seguir bebiendo. En verdad, dos o tres veces fue en calzoncillos a Palacio, donde la Primera Dama le regalaba ternos del Presi, grandes como carpas y a los que el Cuete les feriaba "porque si me pongo han de decir que el muerto ha sido muy grande".

Sin embargo Bocaccio el Gran Difamador el Gran Chismofante, logró que la ciudad con sus lenguas colgantes entre los cerros hable mal de mí y del Cuete. Pero no me importaba porque una reina puede permitirse hasta la malevolencia de sus enemigos sin dejar de ser reina.

Aquel ahorcado de El Ejido fue un chantaje, Bocaccio venía esperando la oportunidad desde hace años. El montó todo. Ese ahorcado compró a la policía. La foto mía en la mano del muerto la puso él mismo con las suyas escamo-

sas. Si había conseguido de la policía un muerto quería decir que estaba en condición de conseguir, en reciprocidad con ella, un culpable de ese muerto. No tuve otro remedio que hablar con Bocaccio. Le cité a mi casa. Adivinando que me traería rosas, prendí a mi pecho la más roja y bonita del mundo, de esas que la gente decía que yo las regaba con la sangre de mis muertos.

Le recibí sentada en esa poltrona que uno de mis admiradores le ganó a él en una apuesta. Le pregunté sobre la posibilidad de ver la película que El Mercantil había estado dando hasta la semana pasada.

—Cambiaré la programación para que usted pueda verla el día que desee, me dijo.

—Sería mucho problema ¿hay algún sitio donde podamos verla los dos solos?

—Haber sitios, hay. Pero déme el gusto de engalanar con su presencia la función de especial del próximo domingo. Tendré mucho placer en acompañarla.

Como me suponía ese Bocaccio era poco hombre. No estaba enamorado de mí sino de mi fama, para muchos una mala fama, pero que en el fondo tenía cierta aureola capaz de dar luz a cualquier favorecido.

El lo que quería era demostrar mi aceptación ante la gente.

Le hablé de mi herencia: le dije que sólo él podía conseguir del Ministerio de Defensa se repare la injusticia al no haberme reconocido como heredera de la fortuna de mi padre.

—Si me consigue eso, es posible que salgamos otra vez juntos al cine. Y le sonreí.

El propio Presidente de la República me entregó el decreto por el que me devolvían las propiedades que fueron de mi padre. Fue una

ceremonia íntima en una hermosa quinta de Bocaccio. Esa noche pedí al edecán se moleste en acompañarme a mi casa.

Pronto se corrió la voz sobre la herencia. Lo noté en las esquelas de invitación que volvieron a llegar a casa. Sin la menor intención de ir, yo las leía y las dejaba debajo de la maceta que encontraba a mano. A la altura de la octava maceta sucedió algo inesperado. Un jueves yo estaba de compras por el Centro visitando los almacenes de los turcos. Había departido como siempre amigablemente con algunos de ellos. Siempre fueron joviales conmigo y jamás tuvieron problema en exteriorizarme su distinción. Me tomaban como quien soy: una buena propaganda de sus encajes y sus telas. En la tienda del turco Jazmín el Viejo me quedé tomando una taza de ese café sedimentado, costumbre de su tierra. Le dije que estaría ahí hasta que den las campanadas del mediodía, que tenía que hacer una gestión por ahí cerca. Me obsequió un cigarrillo de boquilla larga. Fumé, descansé, le dí un beso en la frente a Jazmín el Viejo y salí prometiéndole regresar el próximo jueves. También le dije que sus cigarrillos eran demasiado fuertes, que por eso las mujeres de su país tenían bigotes.

Al cabo de la semana fui a ver a Jazmín el Viejo con intención de repetir el café turco. Entré y lo noté un tanto turbado. Nerviosillo, se apresuró en presentarme a un cura metropolitano, de esos con morado en el sombrero: el Canónigo Moscoso... La señorita Linares.

—Deseo hablar con usted señora, me dijo el cura descubriéndose. Su Eminencia desea verla. Estoy aquí para acompañarla.

Casi como autómata caminé las cien varas que me separaban del Palacio Arzobispal. Imagi-

naba la tunda de consejos que me iba a tartamudear el Cardenal. Me diría que soy el escándalo de la grey o algo parecido.

Su Eminencia se hallaba sentado en un sillón negro forrado con terciopelo rojo el espaldar que atrás del Cardenal sobresalía. Ese espaldar tenía la forma de una cúpula de mezquita oriental o de un corazón al revés. Eso. Un corazón al revés.

—Querida hija, me dijo, con una voz que temblaba por la ancianidad. Sabemos que eres tú la que dejó el pasado jueves ese dinero y esas joyas en el altar del Santísimo. Quería agradecerte por tu caridad para con tu Iglesia. El confesor de tu Colegio me ha informado que de niña eras igual de desprendida. Dios verá con buenos ojos lo que haces.

—Su Eminencia, yo no...

—Calla hija, vete y sigue por el camino que Dios te está señalando. El Reverendo Moscoso hablará contigo por si deseas participar en obras de caridad de nuestro Episcopado.

Y con un movimiento casi imperceptible de su mano me bendijo tres veces. Salí anonadada, confundida entre el deseo de soltarme en carcajadas o de recogerme ante tanta gentileza y sanidad divinas.

Al cabo de unos días recibí otra esquela en mi casa. Ya no se trataba de fiestas, ni de asistir a una tarde de quesos y chocolates como habían sido las anteriores. Me invitaban a una reunión de damas caritativas. Esta vez la esquela estaba firmada por el Canónigo y traía el sello cardenalicio. Se iba a realizar en casa de doña Paulina.

Las encontré maternales, perdonavidas. Estaban noveleras, sin la conciencia exacta de lo que sentían, de lo que eran en ese momento:

las madres de la gran puta. Casi las madres de la puta madre. Y el Canónigo Moscoso, parado ahí, arrimado a la puerta con las manos entre las mangas de su sotana, como contando billetes por dentro, santificando la putería.

Una tranquila madrugada las cuatro campanadas de la Catedral fueron reemplazadas por discretas piedrecillas que se alzaron como gorriones a picotear el balcón de La Linares: era el Canónigo Moscoso metido en un largo poncho y con sombrero de civil. Desde la acera puso las manos al cielo y rogó ser admitido. La Linares devolvió las señas diciéndole que aguarde. Al rato abrió la puerta del balcón y deslizó por éste una cuerda de cáñamo. Que no, le dijo el Canónigo siempre en señas. Que le abra la puerta, que le bote las llaves. Pero ella inflexible atrás del vidrio negaba con su índice el pedido. El —siguiendo en mimo— decía que la cuerda es débil, que no resistiría. Pero ella, con la solemnidad de una oficiante, movía afirmativamente la cabeza dándole a entender que la cuerda era de probada resistencia. El Canónigo, aunque amagó sin fe, se apercibió de lo alcanzable de la em-

presa. La Linares le hizo entender que le estorbaría el poncho en la escalada, entonces el Canónigo se quitó y lo envió en la cuerda como un anticipo. Y quedó deplorable: no llevaba sotana ni pantalones. Llevaba calzoncillos largos, botines y un raro indumento que el alba mortecina impedía saber si se trataba de una camisa de noche o de una apurada sobrepelliz. Todo esto, más la rubicundez hierática bajo el sombrero alón de recoger mangos, aseguraba el más gracioso espectáculo. Apoyando los pies en la pared comenzó a trepar, mas cuando estuvo a media altura, a La Linares se le vino rascarse una comezón con la mano que sujetaba la reenvuelta soga en la baranda del balcón, y ésta, con el Canónigo Moscoso al otro extremo comenzó a irse como de un carrete ante el asombro del lucero maitinero. Un golpe tosco, de estrellado costal de huesos, sonó en la lisa vereda. Gracias a Dios el eclesiástico no se rompió el espinazo —tan grato a las genuflexiones y reverencias que habían auspiciado su canongía— pero se puede decir que rasgó sus vestiduras. Al tiempo que Monseñor se enderezaba entre masajes y disimulos, comenzaron a prenderse algunas ventanas de vecinos. El Regular comenzó a desesperar.

—Abrid la puerta, os lo suplico.

—Es imposible, yo no tengo las llaves.

—Favorecedme, decid qué puedo hacer.

—Intente levitar, a veces surte.

—Señora, no os burléis.

—No veo otra solución Reverencia.

—No me identifiquéis, no me tratéis así.

—¿Como desea que lo nombre?

—Señora, por Dios, botad mi poncho al menos.

—No se lo daré hasta que me diga el obje-

to de su visita a estas horas.

—Sed razonable, deberíais comprender...

—No tengo la menor idea Monseñor.

—(Virgo Prudentísima, ¿qué hago?) Venía a participaros un milagro.

—¿Y pensaba que mi balcón era púlpito?

—No, es que se trataba de un milagro... personal.

—Ah ya, ¿recordó con buena salud Su Reverencia? ji, ji, ji.

—Sí señora, con la salud del borrico si deseáis, pero favoreced al punto mi circunstancia.

—Entonces si no desea subir por la cuerda súbase por la salud del borrico.

— ¡Ah tirana!

—Ahí va el poncho, Su Fortaleza.

Se apresuró a tomarlo y echándose sobre su cabeza buscó afanosa y desesperadamente la abertura que no había. Ahí enredado y confundido forcejeó inútilmente unos minutos.

—Señora, me habéis lanzado una cobija y no mi poncho, dijo sobresaltado.

—Perdone Monseñor, no fue mi intención enredarlo.

— ¡Mi poncho señora!

— ¡Mi cobija, Monseñor!

Una mañana la Primera Dama despertó sobresaltada y vio al Presi puesto un listado albornoz y un gorro de recién nacido, lo vio rechazar las bandejas del desayuno llenas de carnes, marmitas de leche y plátanos arracimados, le oyó pedir medio vaso de agua tibia y nada más gracias, lo vio lanzar por los aires el curso completo Charles Atlas de físico-culturismo y en vez de las flexiones de pecho y las poleas imaginarias lo vio apartarse al rincón más obscuro de la recámara y sentarse en pose yoga para meditar, lo notó cambiado y esquelético, su gran cara de caballo se había reducido, se habían pronunciado los pómulos y la Gran Nariz aparecía ñata y calavérica, de cerca el Presi con su cara y sus tibias cruzadas parecía la radiografía del Buda y de lejos —desde la playa de la cama— parecía la bandera de un corsario, le había salido un ralo y canoso mostacho y se habían vuelto

como de palo sus extremidades, lo vio vestirse ya no de sport, ya no con los jeans americanos sino con un terno sobrio, ya no le vio bajar a franquear él mismo las cartas al Correo pero le vio pegar estampillas en las paredes, mandar al Director de Museos las fotografías de tanto futbolista criollo y tanta desnuda de Hollywood que exornaban los pasillos presidenciales y en vez de ellos lo vio colgar el óleo del Santo del Patíbulo. Ella misma se vio rara, larga y arrugada y vio —a cambio de su veladora con bizcochos y guayabas— un piano de cola que, como un enorme tiburón sobre cuatro sartas, le enseñaba los marfilados dientes, vio también un tintero, un tratado de quiromancia, y una foto, su propia foto en atuendos de corista de circo, encontró en vez de sus impenetrables huasicamas, fieles poetas que arrodillados le pedían "un cuartel general para sus siestas", vio salir al Presi con un atado grande de mudas ceremoniales y monedas de vidrio, lo vio apelmazarse los bolsillos con mazos de billetes, tocarse la cabeza con un sombrero de paja toquilla y salir diciendo que ya volvía, que iba a recorrer el país de cabo a rabo, en canoa, en mula, en avión, en lo que sea, lo vio aclamado en todos los rincones de la patria, después abucheado en esos mismos rincones, le oyó hablar en todos los balcones del paisito sin saltarse ninguno, poner la primera piedra en todos los sueños de todos los habitantes de todos los caseríos, aldeas, pueblos, cabeceras cantonales, cabeceras provinciales, bendecir todas las maquetas de escuelas y hospitales, todos los proyectos de puentes, y aeropuertos, cambiar el curso de las aguas para peor, ordenar con dedo inflexible y providencial que terminen las sequías y arrepentirse al punto por haber exagerado la orden y el gesto porque en todas partes

las casas navegaban pese a las largas canillas que tenían parecidas a las de él, lo vio llenar de petróleo el bolsillo de todos sus amigos, decir que iba a cruzar de carreteras al paisito usando la mímica de quien está cruzando de chirlazos al viento o a la multitud que delirante y masoquista lo vitoreaba aunque a la vuelta de la esquina comenzaba a pifiarle y maldecirle hasta derrocarlo y uncirlo nuevamente, lo vio bajar del cielo las estrellas y ponerlas a puñados en las hombreras de los milicos, lo vio aupar una comitiva de mariquitas y redesvelizar el bronce de "La lucha eterna" situado en El Ejido, bautizándole a cambio como el monumento a "Fulano y Zutano buscándose el ano", en fin lo vio hacer ministro a cualquier desocupado que hallaba tomando sol en las bancas de la Plaza Grande.

Esta pesadilla tuvo la Primera Dama cinco veces, pero jamás le contó al Presi, porque en realidad al Presi no le importaba nada del paisito, peor los sueños de su agorera esposa.

Ya nunca nadie volverá a ver a La Linares, me voy segura de lo que hago, cansada de este mundo de trapos, de esta ñoña infinita. Esta ciudad fue pueblo chico y por lo tanto infierno grande, tenía un gran estadio para la chismografía y las murmuraciones pero, también, aguas termales para curarse las venganzas y las envidias, tenía en las cuatro esquinas corrillos de beatas para bisbisear y jorgas de chullas para los piropos, para mirarme con sus ojos maldormidos porque se habían pasado contando cachos y cuentos de aparecidos hasta las seis de la mañana, pero ahora en cada esquina hay letreros luminosos que anuncian la lotería deportiva con mi nombre a ver si hay alguien, algún anónimo que acierte el acumulado poniendo en números de molde cuántos amantes ha tenido La Linares, cuántas manchitas negras tiene su abrigo de tigre que se exhibe en el Palacio Co-

mercial, cuántos calzonarios usé en la década del cuarenta, cuántas noches de amor, cuántas de orgía, como si hoguera y orgía no fueran la misma cosa. Antes no pasaban de mirarme atrás de los visillos, pero ahora quieren verme en la televisión haciendo un programa para damas menopáusicas y caballeros capones diciéndome cómo al final de la vida, de la buena o puta vida, se puede encontrar a Dios, o que me arrepienta en público con lágrimas de mentol que me pondrán los ayudantes de escena un minuto antes de que me enfoquen las cámaras y que al final agradezca al señor gerente del Canal y a la Mutualista por haber hecho posible este programa de arrepentimiento. Antes hasta mis enemigos eran piadosos y no pasaban de decirme ahí va esa puta, esa vaga, esa meretriz, esa ramera, esa suripanta de la gran flauta, pero ahora me condenan a la firma de contratos, a soportar a los abogados y sus cláusulas, a los abogados y sus chalecos de donde sacan entre el sudor de las axilas escribanas el papelito doblado veinte veces para no olvidarse lo que deben hacerme firmar. Firme por un año los derechos exclusivos para nuestra empresa, firme para siempre la concesión de su perfil para nuestra sociedad anónima, firme la autorización para que el barrio caliente lleve su nombre, autorice por favor la canonización si creemos necesaria, comprométase a asistir al banquete que darán el próximo año las damiselas de la Caridad. Los periódicos reproducen frases que no he dicho, relatan acontecimientos que no he protagonizado, insisten en la fantasía de que yo mantengo los conventos, que he donado mi herencia al Cardenal y que doy la subsistencia a cien familias pobres, me asedian con llamadas por teléfono, las callejeras y las novicias que estudian para monjas andan a la caza pidiéndome

autógrafos, han grabado discos con mi arrepentimiento imaginado por ellos, se han hecho canciones protesta con mi nombre, unos veneran mi putería y otros mi conversión, me llueven matrimonios epistolares desde el extranjero, me han pedido autorización para poner mi nombre en un artículo de Selecciones que llevaría por título "mi personaje inolvidable; de cómo una prostituta de la Amazonía encontró a Dios y a la civilización cristiana página treinta y tres", me han pedido que sea militante del nuevo partido, que sea socia del Tenis, que me haga rotaria, que me haga leona. Me hacen entrevistas en las que ellos se preguntan y ellos se contestan, no me dejan una ventana para asomarme, ni un valle para gritar, ni un pañuelo para llorar, ni una almohada para dormir. Me obligan hacer gimnasia, me llevan a los baños turcos, me levantan los senos, me esconden los ijares, me diseñan la ropa, me peinan, me pintan, me llevan a paseo, me traen de paseo, conozco a las gentes a través de ceremonias, de presentaciones y representaciones envueltas siempre en el sudario de la petulancia o tras la máscara de la solemnidad, pero a nadie se le ocurrió prohibirme que me suicide y que les arruine sus negocios y sus religiones. No me arrepiento de nada, la vida es vida y la muerte es muerte, a nadie se le ocurrió prohibirme que me haga loca, como loca se les hizo mi madre porque la vida es un camino que hay que andarlo no importa que sea por los aires.

Esa alcoba que habrá de hacerse tierra un día cuando tú te hayas ido me envolverán las sombras la historia de su dueña y sus amores cuando tú te hayas ido tiene para seguir entristecida con mi dolor a solas sola abandonada y con clausura y evocaré este idilio esperando que vuelva la que un día en sus azules horas la cerró con candado de museo cuando tu te hayas ido y se marcho llorándola y queriéndola me envolverán las sombras porque al sálir de ahí dejaba el camino por los aires de su vida de la pequeña alcoba se fue sin tocar nada dejando los recuerdos que ahí tenía me acariciaste toda dejando como tumba la cama de caoba cuando tú te hayas ido que tanto le abrigó y que desde niña me envolverán las sombras supo brindarle su anchura y sus tablones te buscará mi boca se dio a la vida como se dan las flores y aspiraré en el aire cuando se dan al sol al agua al aire co-

mo un olor a rosas y al tiempo se marchitan cuando tu te hayas ido me envolverán las sombras.

Junto a la cama hoy ya bajo las ruinas de mis pasiones hay una repisa con fotos de ella y en el fondo de esta alma que ya no alegras había una sepia con su rostro de niña entre polvo de ensueño y de ilusiones con interminables bucles y un lazo en la cabeza brotan entumecidas en otro retrato mis flores negras ella estaba asomada a una nube ellas son el recuerdo de aquellas horas y en el retrato decía Recuerdo en que presa en mis brazos la otra es foto del colegio te adormecías con gola marinera y bata a los talones míralas nada temas todos han querido llevarse esa postal son un despojo con el manto de la Virgen en el carro alegórico del jardín de mis hondas otra a caballo con botas de montar melancolías y en traje de baño con vuelos en los hombros y faldilla a la cintura mis flores negras.

Tenía las paredes ya no debo pensar que te amé cubiertas con páginas de diario y hojas de revistas es preferible olvidar que sufrí tenía el cielo tacho y una gran chimenea no concibo que todo acabó de amplio jambaje siempre con fuego que este sueño de amor terminó de afuera parecía una simple buhardilla que la vida nos separó porque estaba trepada casi como una estrella sin querer colgada más arriba del resto de la casa caminemos talvez nos veremos después había que allegarla por una escala rota hecha posiblemente con huesos de paloma ésta es la ruta que estaba marcada sólo a los pies de ella sigo insistiendo en tu amor la consentían que se perdió en la nada ésta es su alcoba bella su nido y boharda ésta es la ruta que estaba marcada.

Dije usted pasará a inmortal y dije nunca imaginé que al cabo de tantos años de haber oído hablar de usted yo llegue a conocerla en la forma que la he conocido. A primera vista no reconocí su rostro, tenía el rictus amargo de quien ha comenzado a saborear una muerte forzada, la catadura de quien quiere pasar inadvertido sin la vergüenza de ser identificado en esas condiciones y en esas trazas, sin la acostumbrada altivez de toda la vida, sin la posibilidad de retocarse de rato en rato en el espejo, de cerciorar el aliño, de alisar lo ajado, de remediar lo deslucido, de ser en definitiva una muerta para ataúd con tapa de vidrio, para el lamparazo del fotográfo, expuesta más que nunca a la soledad de ser vista por el público de toda la ciudad, para los ojos con memoria, para la boca que repite, exagera, magnifica y eterniza.

Se notaba que había hecho lo posible por

llegar a las puertas de la multitud lo más acicalada y digna, con el perfume que desde hace treinta años le obsequiaban desde París, con sus galas más características: el chemisse y el romantó de guipiur y el boíno de paño con red y lentejuelas como un esparavel hasta la mitad de la cara. Limpié su rostro, borré la espuma casi seca que enrarecía su boca, erguí su cuello lateralizado y supe que usted pertenecía a otra ciudad, a la perdida y lejana ciudad que está borrosa y escondida, la ciudad vista de atrás del cristal llovido, del ojo lacrimoso, casi ciego.

Echada sobre la alta camilla parecía un abandonado castillo donde todo hablaba de una perdida época, donde todo estaba cubierto por la pátina umbrosa, por ese tono asentado que ensepia y amarilla los retratos y las cosas. Lenta y débilmente usted aún respiraba. Un suspiro hubiere bastado para que todo se venga abajo como un castillo ya no secular y portentoso sino, como uno de naipes que encuentra el vacío, que pierde el eje, se desequilibra, se derrumba irremediable e irresistible a sí mismo. En ese estado de supinación me pareció el gran barco que sobrevivió a la gran batalla pero que a la final cuarteado de muerte también estaba a punto de naufragar. Pedí a la monja que me ayude a desvestirla y a ponerle la ropa hospitalaria, y mientras la monja le quitaba el sombrero yo veía que la reina abdicaba su corona, le quitaba la esmeralda del meñique y yo veía al Canónigo Moscoso queriendo arrebatarle la supuesta herencia. La deshojamos de a poco con la delicadeza y ternura que hubiera querido hacerlo Abud Dassor Cazim. Quitamos sus zapatos de tacones altos como hubieran querido hacerlo todos aquellos que al verle le decían “algún día veré esos zapatos debajo de mi cama”, como hubiera que-

rido hacerlo ese maniático que llegó a ser presidente veinticinco veces y que eunuco y deplorable se contentaba con oler los zapatos de las damas y las coristas. De pronto un destello blanco, blanquísimo nos enceguedó de tanta luz. Fue como un flash enorme y caímos sin conocimiento. Cuando desperté supe que usted había salido con bien de su tercer intento de envenenarse y que, misteriosamente, la monja quedó ciega y con la lengua empanizada para siempre.

Libros de esta editorial:

Reforma Agraria y Movimiento Campesino Indígena de la Sierra, *por Fernando Velasco.*

La guerra de los cuatro reales, *volumen testimonial de la lucha del pueblo de Quito en abril de 1978.*

La descomposición del campesinado en la Sierra ecuatoriana, *por Luciano Martínez.*

La dependencia, el imperialismo y las empresas transnacionales, *por Fernando Velasco.*

Los oligarcas del cacao, *por Andrés Guerrero.*

Ecuador: subdesarrollo y dependencia, *por Fernando Velasco.*

"¡Viva la Patria!", *discursos del presidente Jaime Roldós y comentarios analíticos de periodistas y políticos.*

En preparación:

Imágenes de un pretérito presente, *por Jorge Enrique Adoum y César Alvarez.*

Los guandos, *por Joaquín Gallegos Lara y Nela Martínez.*

La lucha por el poder en el Ecuador, *por Gonzalo Abad.*

LA LINARES se terminó de imprimir el día miércoles 15 de julio de 1981 en los talleres de Artes Gráficas "Señal", Vargas 1208, Quito, Ecuador. La cubierta se imprimió sobre cartulina kromekote de 230 gr., con una selección de color del señor Patricio Sánchez; las páginas interiores se imprimieron sobre papel periódico pluma de 65 gr. La impresión la supervisó el señor Antonio Quiyú, con la colaboración de los señores Miguel Quiyú y Germán Alvarez. Tres mil ejemplares. Hecho e impreso en el Ecuador.

Ojo clínico el de Iván Egüez para la disección del espíritu humano. Palabra sencilla y efectiva para contar una realidad que repugna y al mismo tiempo hace sonreir.

Félix Yépez Pazos

... la pequeña novela interesa, agarra y nos sumerge en una atmósfera de realismo mágico quiteño. Muchos de los episodios son sabrosísimos. Flota por encima de los cuadros cierta incógnita, cierto sutil encanto, que rodea de un halo legendario a la heroína —a la borrosa y un tanto desvaída heroína—.

Hernán Rodríguez Castelo

Esta novela breve hechiza al lector. Tomarla es fácil. Dejarla, casi imposible. Aquí se mezclan la farsa con la ternura, la confidencia real con la leyenda, el limpio aire quiteño con los turbios enredos de políticos y logreros, la poesía con la gracia picaresca.

Darío Carmona

... esta novela conjuga sin grandilocuencias, pero con humor y eficacia estética, nuestra contrastante realidad latinoamericana con sus políticos corruptos, la explotación de las transnacionales y el mundo mágico de seres hechos leyenda como La Linares. Y, todo, dentro de la mejor tradición de la novela ecuatoriana.

Iverna Codina